

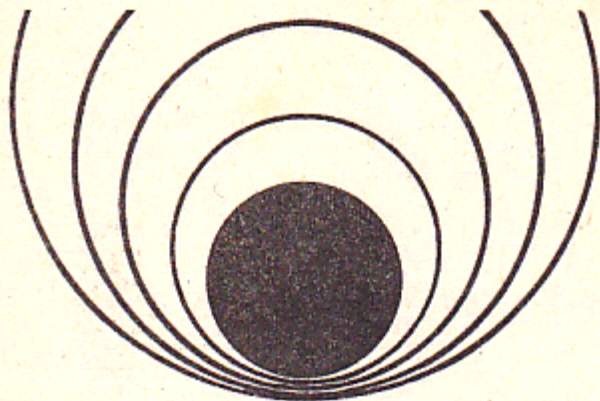
BOULEVARD
BRILLIANT

PUNTO
ROJO

**CON LA LEY
AL FONDO**

Adam Surray





PUNTO ROJO



ADAM SURREY
CON LA LEY AL FONDO

Colección PUNTO ROJO n.º 1023
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.583 — Asesino a proa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.178 — Rencor, salvaje.

En Colección PUNTO ROJO:

1.018 — Juego turbio.

En Colección COLORADO:

1.541 — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

446 — Morir en Kansas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552 — Pistolero con niño.

En Colección CALIFORNIA:

1.305 — Los violentos de Kelley Hill.

ISBN 84-02-02520 X Depósito legal: B
28.229-1981

Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: noviembre, 1981

© Adam Surray 1981
Texto

© Martin -1981
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera,
S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El reportaje de televisión terminaba introduciéndose en el mando de las estadísticas. La voz del locutor era fría e impersonal. Daba cifras de muertos como si hablara de cosechas de cereales.

La estadística era ciertamente interesante.

Empezó comentando que el asesinato era la causa principal de muerte entre los neoyorquinos de quince a cuarenta y cuatro años de edad. Amenizó el dato con unas imágenes del ya lejano asesinato de John Lennon. Asesinato número 1.642 cometido en Nueva York en el año 1980. No estaba mal. El récord del 1979, considerado como uno de los años más sangrientos en la historia de Nueva York, ya había sido superado en el 1980. Y en el 1981. Y en el 1982...

Más asesinatos que ayer, pero menos que mañana.

Nueva York no es, ni con mucho, la ciudad norteamericana donde se cometen mayor número de asesinatos por cien mil habitantes. Ese dudoso honor corresponde a Houston, seguido de Dallas, Detroit, Baltimore, Chicago y San Antonio. Es el Estado de Texas, con Houston, Dallas y San Antonio, quien mantiene el ranking de los asesinatos USA.

Dallas iba avanzando posiciones. Camino de colocarse en el número uno. Ya no sólo en asesinatos. La Mafia y el Sindicato del Crimen se habían asentado en la ciudad tejana. Drogas. Prostitución organizada. Juegos ilegales. Corrupción a alto nivel...

Dallas era una verdadera jungla de asfalto. La reciente creada Brigada Dallas Uno, sección formada por los más calificados y valiosos elementos de la policía, era incapaz de contener toda la avalancha de violencia que se cernía sobre la ciudad. Los hombres de la Brigada Dallas Uno no lograban...

—Desconecta ese maldito aparato, Sandra.

Sandra sonrió.

Una sonrisa marcadamente sensual.

Todo en Sandra era voluptuosidad. Su mirada, el abanicar de sus pestañas, sus labios, el menor de sus movimientos... Enfundada en aquel negro vestido satinado, con el pequeño delantal blanco, era la viva imagen de la tentación. No llevaba sujetador. Y según propia versión de Sandra, tampoco slip. Odiaba las prendas interiores. Posiblemente fuera cierto. Aquel bambolear de senos y

la movilidad de las caderas delataban que sólo el vestido negro modelaba su seductor cuerpo.

Sandra presionó el mando a distancia y desconectó el televisor.

Se acodó sobre el mostrador a la vez que acentuaba la sonrisa de sus labios.

—Te comprendo, Wilford. No te gustan las críticas, ¿verdad?

El hombre que estaba sentado en el taburete giró enfrentándose a Sandra. Y paulatinamente la sonrisa desapareció del rostro de la mujer.

Sí.

Dejó de sonreír al contemplar el rostro de Wilford Corey, teniente de la Brigada Dallas Uno.

Un rostro de graníticas facciones. Frías. Impasibles. Los ojos ocultos tras unas gafas de cristal ahumado. Frisaba en los treinta años de edad. Lucía la clásica vestimenta de los hombres de la Brigada Dallas Uno. Chaquetilla de piel negra con el distintivo en el hombro izquierdo, camisa gris y pantalón embutido en botas de caña alta. Del cinturón pendía un Colt Magnum Especial.

Wilford Corey se despojó lentamente de las gafas oscuras.

Sus ojos, de un gris metálico carente de brillo, se posaron en Sandra.

—Eres muy bonita, Sandra, pero hablas demasiado. Y eso no es bueno.

—Yo... no era mi intención molestarte, Wilford...

Corey esbozó una sonrisa.

—Lo sé. Ocurre que no estoy de humor, Sandra.

Aquella sonrisa no tranquilizó a la mujer. Los ojos de Wilford Corey, aquella mirada similar a la de un muerto, estremecía a Sandra. De ahí que decidiera por retirarse hacia el otro extremo del mostrador. Simulando ordenar unas botellas de la estantería.

No había nadie más en el local. Wilford Corey era el único cliente del snack.

Por poco tiempo.

Se abrió la puerta del establecimiento para dar paso a un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Rostro de correctas facciones.

Acudió al mostrador ocupando el taburete contiguo al de Corey.

—¡Un whisky, Sandra...! Y sirve otro a Wilford. Lo va a necesitar.

El teniente de la Brigada Dallas Uno desvió la mirada hacia el recién llegado.

—¿Ya se ha dictado el veredicto?

—Aún no, Wilford. Se sigue deliberando.

Sandra sirvió el whisky.

Y de inmediato retornó al otro lado del mostrador.

—¿Quieres conocerlo, Wilford?

—¿El qué?

—El fallo del tribunal.

—¿No has dicho que...? —Corey se interrumpió. Sonrió contemplando fijamente al individuo—. Comprendo. Patrick Foxworth, el gran periodista de la Benson Press, ya está informado.

—Correcto.

—Te admiro, Patrick. Ignoro cómo lo consigues, pero siempre eres el primero en saber las cosas. Ya de pequeño, en la escuela, destacabas. Incluso en la universidad llegabas a conocer los exámenes antes de que fueran redactados.

—Una buena información, Wilford.

—Sobornos.

Patrick Foxworth bebió un sorbo de whisky.

Chasqueó la lengua.

—Información, Wilford. Soborno es una palabra muy desagradable.

—Por supuesto. Y el honrado Foxworth jamás se vería involucrado en un asunto de soborno.

—Eso es. Yo busco información y pago por ella. Simplemente eso. Actualmente siempre hay que ir con el dinero por delante.

—Okay. Adelántame la noticia, Patrick.

—No es muy buena.

—Supongo que, dadas las influencias de Graham Cleese, no será condenado a más de cinco años de prisión.

Las facciones de Patrick Foxworth se ensombrecieron.

Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo una cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo.

—No culpable. Ese será el fallo del tribunal.

Los ojos de Wilford Corey, aquellos ojos que parecían carentes de vida. Sí acusaron ahora un leve destello. Un brillo que de inmediato se eclipsó.

—¿Hablas en serio?

—Sí, Wilford.

—Pero... yo... yo mismo intercepté el cargamento de heroína en la agencia de Graham Cleese. Le sorprendí con las manos en la masa, le hice confesar...

—No ha podido demostrarse que ese cargamento de heroína fuera del conocimiento de Graham Cleese. No hay pruebas de que conociera la existencia de semejante mercancía en su agencia de transportes. En cuanto a su confesión..., piensa presentar demanda contra el teniente Wilford Corey de la Brigada Dallas Uno. Por malos tratos. Asegura que le arrancaste esa confesión bajo amenazas y malos tratos.

—Hijo de perra... ¡Debí matarle allí mismo!

—Tómalo Con calma, Wilford.

Corey giró en el taburete,

Con el rostro crispado,

—¿Con calma? Un muchacho de catorce años murió ayer entre mis brazos, Patrick. Por una sobredosis. Otros cientos de muchachos deambulan por la ciudad embrutecidos por la droga. Heroína, cocaína, morfina, haschich... Todo es suministrado por Graham Cleese. Lo sabemos. Cleese distribuye la droga a los fuertes sindicatos del crimen. Y éstos, a sus diferentes enlaces. Una maldita red. Con Graham Cleese fuera de circulación se hubiera logrado un gran triunfo. El es el gran pulpo. Sus tentáculos dejarían de funcionar con él entre rejas.

—Falta de pruebas, Wilford.

—¡Son todos unos bastardos! Se han dejado comprar o han sido amenazados por el Sindicato del Crimen. El mismo fiscal es un asalariado de la organización de Terry Stimson.

—No te busques más complicaciones, Wilford. Ya tienes bastantes.

—¡Al diablo con todos! ¿Cómo vamos a terminar con el crimen? ¡Falta de pruebas...! Sorprendí a Graham Cleese con las manos en la heroína. ¿Qué más quieren?

—Graham Cleese jura que desconocía la existencia de esa heroína en sus almacenes. Y en cuanto a su confesión..., no es válida bajo amenazas y malos tratos.

—¡Maldita sea...! Ahora mismo están dando por televisión un reportaje sobre la criminalidad en Dallas. Nos estamos situando en cabeza de la violencia y crimen. La policía se muestra impotente para contener el

crimen. La Brigada Dallas Uno es blanco de las críticas... ¡Y ahora dejan en libertad a Graham Cleese! ¡Todos conocemos a Cleese! Sus actividades en el mundo de la droga son un secreto a voces,

—Lo sé, Wilford

—¿De veras? ¡Por todos los diablos, Patrick...! Tú puedes

ayudarnos. Eres un buen periodista. Tus artículos para la Benson Press son publicados por los principales periódicos de los EE.UU. ¡Habla de Graham Cleese! ¡Cuenta la verdad sobre ese hijo de perra!

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes alguna duda sobre su culpabilidad?

Patrick Foxworth exhaló una bocanada de humo.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—En absoluto. Me consta que es un perfecto canalla. Un bastardo muy bien respaldado. Lo está demostrando ahora mismo en la sala de tribunales. El también conoce de antemano el fallo. Su libertad por falta de pruebas. Yo podría hablar de él en mis artículos. Llenaría folios y más folios, pero sólo sería eso. Simples palabras Ninguna prueba que presentar de las delictivas actividades de Graham Cleese.

—Comprendo. Tienes miedo.

Foxworth empequeñeció los ojos.

Fijos en el teniente de la Brigada Dallas Uno.

—Estás muy nervioso, Wilford. Termina el whisky y vete a casa. Nada tienes que hacer aquí. La salida de Graham será triunfante. Mejor que no la contemples.

Corey vació el vaso de whisky.

Sonrió despectivo.

—Es muy fácil dar consejos, ¿verdad, Patrick? Consejos poco comprometedores. Y luego, desde los periódicos, atacar a la policía. Especialmente a la Brigada Dallas Uno. Criticar su ineficacia. Su aparente negligencia. Todo eso también sin pruebas, pero no hay peligro. La brigada Dallas Uno no presentará querrela por difamación.

—Yo jamás he atacado en mis escritos a la Brigada Dallas Uno, Wilford. Y tú lo sabes. Simplemente he arengado por convertir Dallas en una ciudad menos salvaje. ¿Atacar a Graham Cleese? Sí, Wilford. Lo haría de buen grado, pero me consta que la Benson Press no aceptaría el reportaje. No hay pruebas de...

—Voy a decirte algo, Patrick —interrumpió Corey, fríamente—. Ahora mismo, en un lugar de Dallas, alguien está próximo a morir víctima de la droga. En los suburbios de Barrio Lacy o en uno de los lujosos bungalows del Lakewood Country Club. Poco importa. La droga importada por Graham Cleese y canalizada por los sindicatos llega a todas partes. Ayer fue un muchacho de catorce años. Hoy puede ser una chiquilla enloquecida por la heroína. Y aquí estamos tú y yo. Platicando sobre la honorabilidad de un bastardo llamado

Graham Cleese. Lamento no haber...

Wilford Corey enmudeció.

Hasta el interior del snack llegó el bullicio.

El edificio de audiencias quedaba lejos del local, pero era parcialmente visible desde las cristaleras. Dos coches de la Metropolitan Police. Varios vehículos más. Infinidad de periodistas. Fotógrafos disparando sus máquinas, todos ante un hombre que agitaba los brazos sonriente.

Graham Cleese salía triunfante.

—Creo que tienes razón —murmuró Wilford Corey, apartando la mirada del ventanal—. Me voy a casa. Empiezo a sentirme enfermo. Siento náuseas.

—Graham Cleese caerá, Wilford. Tarde o temprano caerá.

Corey, ya próximo a la salida, giró.

Se acopló las gafas oscuras ocultando así el brillo que se iniciaba en sus ojos grises.

Sonrió.

Una enigmática mueca muy poco tranquilizadora.

CAPITULO II

El Wawalag, uno de los mejores restaurantes de la Lemmon Avenue de Dallas, había cerrado sus puertas para dar únicamente cabida a Graham Cleese y sus invitados. Un fastuoso almuerzo para celebrar el fallo del tribunal.

Graham Cleese cumplía también en aquel mismo día sus cincuenta años de edad.

Medio siglo de vida.

Cincuenta años de vida ejemplar. Graham Cleese permaneció hasta los trece años en Chicago. Su padre, Ralph Cleese, fiel servidor del padrino Castello, le enseñó cómo corromper, sobornar, robar y asesinar con prudencia. Ralph Cleese murió al recibir una «bubi» (1) destinada a Castello.

(1) Argot de la Mafia para definir la bomba de relojería, casera.

Graham Cleese no quedó desamparado. Siguió protegido por la Mafia. Continuó sus estudios con esmero. Su carrera de hampón. Hasta independizarse y establecerse en Texas. Ahora era dueño de un imperio. Un triste y macabro remo que le proporcionaba cuantioso beneficio.

Casi la totalidad de la droga distribuida en Texas era controlada por Graham Cleese. Por sus agencias de transporte, con sucursales en Houston, Dallas, Fort Worth, Austin, San Antonio...

El Wawalag era uno de los restaurantes de la cadena de Richter Chapman. Un cliente habitual de Cleese. Richter Chapman y Walter Newhart se dividían Dallas Dos sindicatos del crimen rivales.

Y de esa rivalidad sacaba Graham Cleese un mayor beneficio.

—No puedo servirte la mercancía, Walter. Estas últimas semanas, como comprenderás, he permanecido en ‘total inactividad. Incluso he ordenado paralizar los trabajos en los laboratorios clandestinos.

—Richter Chapman sí va a recibir su pedido.

Graham Cleese succionó el aromático veguero.

Fijando sus saltones ojos en Walter Newhart.

Newhart era un patán que había llegado demasiado alto. Y ahora era difícil derribarle. Se había rodeado de hombres inteligentes y expertos. Prostitución y drogas eran sus puntos

fuertes. Los nighth-clubs, restaurantes, discotecas y salas de electrónicos, controlados por la organización de Newhart, eran los canales de distribución.

—Compréndelo, Walter. Ese pedido ya lo tenía apalabrado con Richter Chapman antes de que la Brigada Dallas Uno se incautara de la mercancía. No fue atrapado por la policía. Estaba en uno de mis almacenes secretos.

Walter Newhart era un individuo de rostro mofletudo. Adiposo. Con unas sempiternas gotas de sudor perlando su frente.

—Escucha con atención, Graham. Son muchos los clientes que acuden a mis muchachos. Clientes acostumbrados a heroína, morfina y cocaína. No podemos ofrecerles haschich, LSD, mescalina o vulgares anfetaminas. Eso queda para los principiantes.

—Pues sólo eso puede proporcionarte, Walter. Drogas menores. También trabajas en ellas, ¿no es cierto? En las escuelas, a la universidad y en tus salones de juegos electrónicos. Tienes un buen campo de acción y...

—¡Maldita sea, Graham! No puedo dejar a un lado a los demás. Son mis mejores clientes. Es precisamente con la heroína donde se obtienen los beneficios fuertes. ¿Qué crees que harán esos clientes? ¡Buscar a los distribuidores de Richter!

—Espera unos días, Walter. La próxima remesa....

Newhart le interrumpió por segunda vez.

—No puedo esperar más tiempo, Graham. Perdería a todos mis clientes habituales. Y sabes que muchos de ellos son gente importante. Incluso alguno de ellos han intervenido para que ahora puedas estar aquí, Graham.

—¿De veras?

—¿Acaso no me crees? El senador Janover fue uno de ellos.

Cleese sonrió.

Succionando una y otra vez el cigarro.

—Por supuesto que te creo, Walter. Tú eres uno de los primeros interesados en que se me declarara no culpable. Yo controlo toda la droga en Texas. Encontrarme sustituto sería costoso y a largo plazo. Y la mercancía que ofrezco jamás debe dejarse de suministrar.

—Tú lo has dicho, Graham. No se puede abandonar a los clientes. Entrégame la mitad del pedido destinado a Richter Chapman.

Los saltones ojos de Cleese parpadearon.

Simulando una mueca de estupor.

—Yo no puedo hacer eso, Walter. Richter es tan buen cliente

como lo eres tú. Yo estoy al margen de vuestra rivalidad.

—Quiero parte de esa mercancía, Graham. No puedo esperar a que te llegue otra remesa.

Un individuo se aproximó a los dos hombres, aunque no por ello interrumpieron la conversación.

Graham Cleese sonrió.

—¿Qué dices tú, muchacho? Walter te considera el cerebro de su organización. El hombre que todo lo sabe. Su brazo derecho. Terry Stimson, el que siempre soluciona los problemas.

Terry Stimson era un individuo joven. Facciones correctas, aunque marcadamente pálidas. De aspecto enfermizo. Acentuando su fragilidad por unos ojos azules de melancólica mirada. Mechones de pelo rubio le caían sobre la frente.

Stimson también sonrió.

—¿Quieres una respuesta sincera, Graham?

—Adelante, Terry.

—Estás jugando con nosotros. Con nosotros y con Richter Chapman. La heroína confiscada por la Brigada Dallas Uno es una cantidad ridícula. Tus almacenes secretos siguen a rebosar.

—Eso... eso no es cierto...

—No le hagas caso, Walter —dijo Terry Stimson, ampliando su sonrisa—. Puede servirnos la mercancía en la cantidad acostumbrada. Es un truco. También lo ha hecho con Richter y éste picó el anzuelo. Ha pagado una cantidad superior. Contigo quiere hacer otro tanto. Simular dificultades de suministro para incrementarnos el precio.

Las facciones de Walter Newhart se crisparon. Su rostro mofletudo palpitó al balbucear con la mirada fija en Cleese.

—¿Es eso cierto, Graham?

—Empezad a discutir de nuevo —rió Terry Stimson—. Desde el principio. Yo os dejo. Voy a saludar a un amigo.

Los amplios salones del Wawalag habían sido acondicionados para el banquete. En una de las salas, el almuerzo de Graham Cleese con sus íntimos. En otra, se había instalado un buffet para invitados de menos categoría: barra libre en el snack, salones sociales abiertos para pequeños grupos...

Terry Stimson acudió hacia la barra de uno de los salones.

Allí estaba Patrick Foxworth. Frente a un combinado a base de zumo de naranja, vodka y marrasquino.

—Hola, Patrick. No te he visto durante el almuerzo.

—Acabo de llegar. Gracias por proporcionarme la invitación, Terry.

El mismo Stimson pasó tras el mostrador atrapando una botella de Johnnie Walter. Se sirvió una dosis de whisky añadiendo unos dedos de soda.

—¿Y qué haces aquí, Patrick? La animación está en el salón principal. Allí hay algún colega haciendo preguntas a los diferentes personajes. El senador Janover, el magnate Murphy, la actriz Samantha Moore, funcionarios del alcalde, políticos... Mucho material para un buen reportaje.

—No me encuentro con fuerzas, Terry.

—Me habías solicitado una invitación. Patrick. Has sido uno de los pocos periodistas con acceso al Wawalag.

—Te lo agradezco, Terry. No es la primera vez que me facilitas material para una exclusiva. Sólo que hoy... hoy no es mi día. Esta mañana he estado hablando con Wilford. Sospecho que me contagió sus náuseas.

Las pálidas facciones de Terry Stimson esbozaron una sonrisa.

—Comprendo. No ha encajado bien lo de Graham Cleese.

—Tampoco yo, Terry. Ya conoces mi sección para la Benson Press. «Jungla de Asfalto». Una columna que llevo desde hace años. Me inicié en el periodismo con ella. Narrando crónica negra. Los sucesos violentos de Dallas. Un repórter de los hechos sangrientos de la ciudad. Fue un gran impacto. Un éxito que me encumbró. Para mí era el primer escalón. Y deseaba pasarlo cuanto antes, pero no ha sido así. Continuó con la sección fija de «Jungla de Asfalto». Cada día con hechos más espeluznantes, sangrientos y violentos.

—No es una exclusiva de Dallas.

—Dallas se está convirtiendo en el basurero USA. Un gran estercolero capitaneado por ratas como Walter Newhart, Richter Chapman, Graham Cleese...

—Has olvidado mencionar mi nombre.

Los dos hombres se miraron fijamente.

La sonrisa seguía en el pálido rostro de Stimson.

—No te comprendo, Terry. Jamás he logrado entender que te unieras a un hombre como Walter Newhart.

—Caprichos del destino.

—Sí..., eso debe ser. El destino juega con nosotros. Tú, Wilford y yo, ¿recuerdas? Los tres amigos inseparables. ¿Recuerdas también nuestras aventuras infantiles? Los tres soñábamos con un mundo mejor. Y prometimos luchar por ello.

—Sueños de niños.

—Yo no he cambiado, Terry. Deseo un mundo mejor. Al igual que Wilford.

La sonrisa se fue borrando del rostro de Stimson.

Se inclinó sobre el mostrador.

—Escucha con atención, Patrick. Antes de que me asigne el papel de malo, quiero decirte algo que jamás has llegado a comprender. Hablas de nuestros sueños de infancia. Por supuesto que los recuerdo. Con todo detalle. Tu padre era propietario de un supermercado. Wilford Corey era hijo de un veterano funcionario de policía. No es que nadarais en la abundancia, pero a la salida de la escuela erais libres. Yo tenía el tiempo contado. Tenía que trabajar. Lo he hecho desde los ocho años de edad. Repartiendo encargos, limpiando almacenes, doblando mi débil espinazo de un lado a otro... Juntando unos míseros dólares para costear mis estudios y unirlos al ridículo sueldo de mi padre. ¿Recuerdas tú a mi madre, Patrick?

—Oye, Terry, yo...

—Sospecho que no la recuerdas —siguió Stimson—, Apenas se dejaba ver por las calles. Después de diez o doce horas de trabajo en la fábrica Myers se encerraba en casa doblada sobre la máquina de coser, En busca de unos pocos dólares más. ¿Quién diablos podía conocer a la señora Stimson? Nadie. Una viuda con tres hijos pequeños sin tiempo a visitar tiendas de modas ni platicar con las vecinas. Sí, recordarás el incendio, ¿verdad, Patrick? Mi madre y mis dos hermanos perecieron carbonizados. Yo tenía en aquel entonces catorce años de edad. Y en aquel entonces soñaba con un mundo mejor. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Mi madre, Anne, Johnny... iban a ser enterrados como perros. Peor que perros. No hay sociedad protectora de miserables. Yo no podía costearles un digno funeral. Fue entonces cuando surgió Walter Newhart. El se hizo cargo de todo. El pagó los gastos y hizo posible que continuara con mis estudios. Soy abogado gracias a Newhart. Todo se lo debo a Walter Newhart.

—Lo estás pagando con creces, Terry.

—Es posible.

—¿Sin pestañear, Terry? ¿Sin arrepentimiento alguno?

Stimson terminó el whisky.

Quedó con la mirada fija en el vacío vaso.

—El destino nos marca un camino, Patrick. Es imposible salir de él. Lo fácil es dar consejos a los demás.

—No te doy consejos. Simplemente hablo con un amigo. Hemos permanecido juntos mucho tiempo. Nuestra infancia, los

estudios, la universidad... Tú, Wilford y yo. Los tres nos licenciarnos en Derecho. Wilford Corey ingresó en la Academia de Policía, luego pasó al Departamento de Homicidios y ahora es teniente de la Brigada Dallas Uno. Yo opté por continuar estudios para poder dedicarme al periodismo. Siempre me gustó escribir y atacar los defectos de nuestra sociedad. Tú te especializaste en Derecho penal. Eres un magnífico abogado, Terry. Lo triste es que no ejerces como abogado. Se te considera como el lugarteniente de Walter Newhart. Y Newhart es el jefe del Sindicato del Crimen más poderoso de Dallas.

Terry Stimson rió.

En amarga carcajada.

—Adiós, Patrick. Dale recuerdos a Wilford. Hace tiempo que no le veo.

—Terry...

—¿Sí?

—Lamento... lamento lo de Nancy. Ayer me enteré de lo ocurrido.

El rostro de Terry Stimson palideció aún más.

Una palidez casi cadavérica.

Su voz sonó extrañamente ronca y desfigurada.

—Son muchos los que van a lamentarlo, Patrick.

CAPITULO III

La celebración en el Wawalag concluyó a avanzada hora de la tarde, cuando los luminosos de neón iniciaban su multicolor destello por las calles de Dallas. La mayoría de los invitados ya habían abandonado el restaurante.

También Graham Cleese se disponía a marchar.

—Oye, Terry... Ya he concretado con Walter.

Terry Stimson seleccionaba canapés entre las variadas bandejas del buffet. Dirigió una burlona mirada a Cleese.

—¿De veras? Sabía que tarde o temprano se llegaría a un acuerdo.

—Eres un tipo muy bien informado, Terry. Y me gustaría atrapar al bastardo que te facilita los datos.

—No sólo es cuestión de información, Graham, sino de saber canalizarla y atar cabos. Tus hombres te son fieles, pero con una serie de datos he llegado a conclusiones interesantes. Tus envíos procedentes de Florida no se interrumpieron en ningún momento. Tampoco los laboratorios clandestinos dejaron de funcionar. Había mercancía. Si tú lo negabas a tus dos principales clientes, era fácil deducir que pretendías sacar una mayor tajada.

Cleese empequeñeció sus ojos saltones.

—Algo en ti me sorprende, Terry. ¿Qué diablos haces como lugarteniente de Walter? Tú debes ser el jefe de la organización. Tú eres el cerebro. Te resultaría fácil derribar a Walter. El es un vulgar patán qué, sin sus colaboradores, estaría de mozo de limpieza en un biliar de Barrio Lacy.

—Prefiero seguir en un segundo plano. Los golpes siempre van directos al cabecilla.

Cleese rió divertido.

—Lo dicho, muchacho. Eres un tipo inteligente. Hasta pronto.

—No he visto marchar a Walter. ¿Cómo has quedado con él?

—El trato ya está cerrado. Esta misma noche ordena a tus muchachos retirar la mercancía. En mi agencia de Oak Cliff. Tú te presentarás con el dinero.

—¿En el bungalow?

—Eso es.

—Allí nos veremos, Graham.

—A medianoche, Terry. No antes de las doce.

—¿Por qué tan tarde?

Graham Cleese volvió a reír a la vez que sus ojos saltones acusaban un malicioso brillo. Se echó sobre los hombros un ligero y elegante abrigo procediendo a despedirse de los pocos invitados que todavía quedaban en el local.

Junto a la puerta del Wawalag se le unieron dos individuos.

Los hermanos Gunninson.

Sammy y Lou.

Sus dos guardaespaldas de confianza. Fieles como perros y peligrosos como serpientes. Los Gunninson habían trabajado durante algún tiempo para la familia Bonannno de Nueva York. Cayeron repetidamente en desgracia y pasaron temporadas entre rejas. Sentencias cortas, pero demasiado continuadas. De ahí que la mafia neoyorquina decidiera prescindir de sus servicios por el bien de la organización.

Sammy y Lou Gunninson fueron recomendados a Graham Cleese. De eso hacía ya cuatro años. Y desde entonces estaban al servicio de Cleese.

Como guardaespaldas.

Graham Cleese, hombre astuto, prodigó su generosidad con aquellos dos hombres, mimándoles al máximo, anticipándose a cualquier petición que pidieran hacerle. Consciente de que era preferible esa desmedida generosidad a correr el riesgo de una traición.

Los Gunninson comían ahora en su mano. Le idolatraban. Cumpliendo a la perfección cualquier orden.

Un Pontiac esperaba en el parking del Wawalag.

Sammy, el mayor de los Gunninson, se situó al volante. Su hermano en el asiento contiguo. En el trasero se acomodó Graham Cleese.

—No vamos a casa, Sammy —indicó Cleese—. Enfila hacia la Collett Avenue.

El auto inició la marcha.

Lou Gunninson se ladeó en el asiento.

—¿Alguna complicación, señor Cleese?

Graham Cleese extrajo uno de sus aromáticos cigarros.

Hizo una mueca.

—El plan ha fallado, muchachos. Alguien se ha ido de la lengua... o Terry Stimson ha sido demasiado inteligente. No se ha tragado lo de la falta de mercancía. Ya había convencido a Walter. Le hubiera hecho pagar un precio muy superior por la habitual

remesa, pero apareció el maldito Stimson.

Los hermanos Gunninson intercambiaron una rápida mirada.

Fue Lou quien habló.

—No es la primera vez que el tal Stimson le ocasiona problemas, señor Cleese.

—Mi hermano tiene razón —corroboró Sammy—, Sería más fácil manejar a Walter Newhart sin su lugarteniente Stimson. ¿Por qué no le liquidamos, señor Cleese? Sabe que puede confiar en nosotros. Jamás le hemos fallado. Edward McComb, Lewis Mason, Bill Stock son... Siempre hemos realizado un trabajo limpio y sin complicaciones.

Graham Cleese sonrió.

Complacido,

—Lo sé, muchachos. Me consta que sois dos profesionales, pero con Terry Stimson no es prudente llegar a esos extremos. La organización de Newhart es la más poderosa de Dallas. Prostitución, juego, drogas, protección, financiación con altos porcentajes de usura, corrupción política... Muchas actividades y, al frente de cada una de ellas, controladas por tipos inteligentes. Ese es el secreto de Walter Newhart. Estar rodeado de hombres inteligentes. ¿Capitaneados por él? ¡Oh, no...! Walter es demasiado torpe. Es Terry Stimson quien conduce la nave.

Lou Gunninson se rascó ruidosamente tras la oreja izquierda.

Tampoco él era muy inteligente. Al igual que su hermano Sammy. Los dos eran expertos en matar. Todo un arte, pero fuera de la refinada técnica del asesinato su nivel de inteligencia era muy bajo.

—No le comprendo, señor Cleese... Usted mismo asegura que Stimson es el cerebro de la organización. Liquidándole, Walter Newhart sería un pelele para nosotros.

Cleese sopló sobre la nivea ceniza del cigarro.

Volvió a succionar el veguero.

—Correcto. Un pelele. Para nosotros... y para todos los demás. La organización Newhart se convertiría en un verdadero caos. Cada uno de los responsables, sin la supervisión de Stimson, trataría de sacar beneficio sin rendir cuentas a Newhart; actuarían libremente, sin control... La organización sería fácil presa para la Brigada Dallas Uno o para Richter Chapman. Y eso no nos conviene. Ambos supuestos no me gustan. Con Richter Chapman controlando todo el Sindicato del Crimen en Dallas, me sería muy difícil imponerle condiciones. Y si es la policía la que aniquila la organización, pierdo un magnífico cliente. No, muchachos... Terry Stimson es

quien mantiene fuerte la organización. No es prudente eliminarle. Al menos hasta que no encontremos un sustituto digno de nuestra confianza.

Los hermanos Gunninson movieron afirmativamente la cabeza. Sonrientes.

No habían comprendido gran cosa, pero siempre estaba conformes con las palabras de Graham Cleese.

El auto ya circulaba por la Collett Avenue, próximo al Garrett Park. La noche ya era dueña de la ciudad.

—En la esquina, Sammy, Aquí termina mi recorrido.

Sammy Gunninson arrugó instintivamente la nariz.

Contempló a Graham Cleese a través del espejo retrovisor.

—¿En la Collett Avenue?

—Vosotros seguid hasta el bungalow. Decirle a Spencer que se tome la noche libre. No le quiero ver por la casa. He invitado a una dama a tomar unas copas de champán. Y no quiero curiosos.

Los Gunninson rieron ahora más abiertamente.

—¿Qué hacemos nosotros, señor Cleese?

—En vuestra discreción sí puedo confiar, muchachos. Y quiero teneros siempre cerca de mí. Permanecer en la biblioteca. Os llamaré si os necesito.

—¿Necesitarnos? —rió el menor de los Gunninson—. Dudo que nos necesite,

Graham Cleese también rió maliciosamente.

Abrió la portezuela del vehículo,

—Recordar. No quiero ver por allí a Spencer. Las luces de la casa apagadas. Como si no hubiera nadie en es bungalow. Será cuestión de dos o tres horas. Luego acompañaré a la dama hasta su casa y regresaré al bungalow. Espero la visita de Terry Stimson..

—Y nosotros en la biblioteca.

Graham Cleese, ya fuera del auto, volvió a reír.

—No os obligo a leer los libros. Allí está el televisor, el video... y el mueble-bar. Todo a vuestra disposición. Las paredes están insonorizadas. Unicamente no dejaros ver. Se trata de una dama muy tímida.

Graham Cleese se alejó.

Cruzó la calzada y entró en un drugstore.

—¿A qué esperas? —inquirió Lou Gunninson—. Tenemos que llegar al bungalow antes que el señor Cleese.

Sammy encendió un cigarrillo.

Con la mirada fija en la puerta del drugstore.

—Quiero ver a la dama de turno.

—¿No la imaginas? De seguro la hija de... ¡Infiernos!

La exclamación de Lou Gunninson coincidió con la salida de Graham Cleese. Acompañado de una mujer elegantemente vestida.

—Por todos los... Es...

—Sí, Lou. La señora Murphy - rió Sammy, iniciando la marcha del vehículo—. De ahí la discreción del jefe.

—El gran Murphy, el magnate del tejido.

—A partir de ahora, le llamaremos el magnate de los cornudos.

Los dos hermanos rieron a dúo.

Sammy chasqueó la lengua.

—Al jefe le gusta el riesgo. Burt Murphy es muy poderoso. De conocer esas relaciones, ocasionaría muchos problemas al señor Cleese.

Los problemas se iban a iniciar aquella misma noche.

Y no sólo para Graham Cleese.

También para los hermanos Gunninson.

Algo más que problemas.

CAPITULO IV

Pamela Murphy rió nerviosamente.

—Por favor. Graham... Aquí no...

Los labios de Cleese se habían deslizado por el cuello de la mujer a la vez que su mano izquierda apretujaba ávida y lasciva los senos femeninos.

Graham Cleese también forzó una sonrisa.

La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. Con los ojos saltones devoró a la mujer.

Pamela Murphy, a los treinta y cinco años de edad, estaba en el cénit de su belleza. Pletórica. En sensual y provocativa madurez Vestía con elegancia. Tal y como corresponde a una dama de la alta sociedad de Dallas. Un vestido en crêpe georgette azul y negro. Con botonadura delantera y lazada al cuello.

Dos de aquellos botones estaban sin ajustar, abiertos por la ávida mano de Cleese. Era visible el inicio de los opulentos senos difícilmente controlados por el sujetador.

Pamela ajustó los dos botones.

Sensual.

Con provocativa lentitud, acentuada por la sonrisa de sus labios. No bajó la falda del vestido que también el ardor de Graham Cleese había hecho subir hasta mitad de los muslos.

Cleese se hizo nuevamente cargo del volante.

Aprovechó la obligada detención ante un semáforo rojo para abalanzarse sobre la mujer, pero ciertamente aquél no era el lugar apropiado.

Ya estaban en Clinty Boulevard,

A poca distancia del bungalow.

—Me vuelves loco Pamela —jadeó Cleese, a modo de disculpa—. Llevo mucho tiempo babeando tras de ti.

La mujer acentuó la sonrisa.

Complacida por aquella poco romántica declaración.

Pamela Murphy amaba el peligro. Le gustaban las aventuras arriesgadas. Y ahora estaba con Graham Cleese. El rey de la droga en Texas.

—Lo sé, Graham. Me he percatado de tus miradas reiteradas, de tus insinuaciones...

—¿Por qué has esperado hasta hoy? Más de una vez te he

invitado a...

—Debo actuar con mucha prudencia, Graham, Además... últimamente has estado muy ocupado con la policía. ¿Es cierto todo lo que se dice de ti?

—¿A qué te refieres?

—Se asegura que controlas, toda la droga que se consume en Dallas.

—¿Y tú crees eso?

—Tengo algunas dudas. Me sorprende que goces de la amistad de determinadas personalidades. No estarían relacionadas con un hombre dedicado al tráfico de drogas a gran escala. El senador Janover, Samuel Potier..., incluso mi marido. Burt es un puritano. Un moralista cargado de prejuicios.

Graham Cleese contuvo con dificultad una carcajada.

Burt Murphy era un alucinado consumidor de heroína. Y fuera del dominio de la droga, era temido por sus depravadas perversiones sexuales. Algunas de las chicas controladas por la organización de Walter Newhart conocían bien las antinaturales diversiones de Murphy.

—Tengo muchos enemigos, Pamela. Soy el propietario de una importante red de agencias de transporte. Mis vehículos pesados recorren el Estado de Texas en todas direcciones. Ese es mi único negocio.

—No te creo.

—¿De veras? Entonces... ¿imaginas estar con un peligroso traficante de drogas?

—Eso es. Y me gusta, Graham. Por eso he aceptado tu enésima invitación. Puedes considerarla como un regalo más de cumpleaños.

Cleese dirigió una voraz mirada a la mujer.

Tragó saliva.

—El mejor regalo que he recibido, Pamela..

Ya estaba ante el 1,771 de Clinty Boulevard Un bungalow de una sola planta. Con amplió verdín y separado de las viviendas lindantes por alto y bello seto.

Un bungalow dotado del máximo confort. Como la mayoría de los emplazados en Clinty Boulevard. Viviendas para forrados de dólares.

El auto era un Buick. Un vehículo de alquiler. Pamela Murphy, extremando sus precauciones, así lo había decidido. Ni taxi ni auto propiedad de ella o de Cleese.

—¿Hay alguien en la casa, Graham?

—Estaremos solos —sonrió Cleese, bordeando el circular seto central—. He dado la noche libre al servicio.

Detuvo el Buick frente al amplio porche del bungalow, Sir molestarse en introducirlo en el contiguo garaje.

Descendieron del vehículo.

Graham Cleese pulsó un interruptor camuflado junto a una de las columnas del porche. Se iluminó parte del jardín y la piscina. La oscuridad de la noche quedó deslumbrada por el multicolor juego de luces.

—¡Oh, Graham...! ¡Es maravilloso!

—Después nos daremos un baño —rió Cleese, introduciendo la llave en la puerta de entrada al bungalow—. La noche es agradable.

—No dispongo de bañador, Graham.

—No te preocupes por eso. Nadie puede vernos. No necesitamos bañador.

—Dudo me atreva a bañarme desnuda —dijo Pamela, tratando de ruborizarse. No lo consiguió—. Aunque no lo creas soy algo tímida.

—Yo te haré perder la timidez.

Penetraron en el bungalow.

Graham Cleese iluminó el espacioso hall y seguidamente abrió la doble puerta del salón. Pulsó el interruptor, pero la estancia no se iluminó.

—Maldita sea...

—¿Qué ocurre, Graham?

—No lo sé. No funcionan las lámparas del salón. Espera aquí... Cleese giró sobre sus talones.

Avanzó por el largo corredor encaminándose hacia el despacho-biblioteca. Al abrir la puerta encontró la estancia iluminada. El televisor encendido. Una botella de whisky y dos vasos sobre la pequeña mesa. Dos sillones enfocados hacia la pantalla del televisor.

Pero ni rastro de los hermanos Gunninson.

Graham Cleese volvió a maldecir por lo bajo. Era la primera vez que los hermanos Gunninson desobedecían una orden. Les había indicado no salir de la biblioteca.

Retornó junto a Pamela Murphy.

La mujer continuaba bajo el umbral de entrada al salón.

—Mejor será que pasemos directamente a mi habitación y... ¿sucede algo, Pamela?

La mujer estaba pálida.

Forzó una sonrisa.

—Me... me pareció ver una sombra. Allí... junto a los cortinajes.

La luz procedente del hall proyectaba fantasmagóricas sombras en el salón.

—Imaginaciones tuyas. Espera... Voy a encender la lámpara de pie. Esa sí funcionará.

Graham Cleese se adentró en el salón. Envuelto en penumbras fue sorteando los muebles hasta llegar a la artística lámpara de pie situada casi junto al ventanal.

Tiró del cordón.

La lámpara sí se iluminó.

El grito de Pamela hizo respingar a Graham Cleese obligándole a girar sobresaltado. Fue entonces cuando descubrió a los hermanos Gunninson.

Estaban atados y amordazados.

Cada uno sentado en uno de los confortables sillones del amplio salón.

No fue la visión de los hermanos Gunninson, lo que había hecho gritar a Pamela Murphy.

Fueron los tres encapuchados. Tres encapuchados que habían surgido de entre las sombras. Tres individuos con la cabeza oculta por rojas capuchas. Con una blanca y larga túnica hasta los pies. Las manos enfundadas en negros guantes.

—¿Qué... qué significa...? —tartamudeó Graham Cleese, sin reaccionar.

Pamela sí reaccionó.

Giró intentando huir.

Tropezó entonces con un cuarto encapuchado.

Igualmente protegido con larga túnica blanca y guantes negros. En la roja capucha sólo dos orificios. Asomando unos ojos de fuerte brillo.

—¡Adentro...!

Pamela obedeció a la ronca voz.

Penetró en el salón seguida del encapuchado.

—Buenas noches, Graham.

—¿Quién... quiénes sois? —inquirió Cleese—, ¿Qué queréis de mí?

El encapuchado que permanecía próximo a Pamela introdujo su diestra por un lateral de la túnica, Extrajo una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

La voz volvió a sonar ronca y desfigurada.

—Soy tu verdugo, Graham.

* * *

Graham Cleese hizo una mueca.

Un simulacro de sonrisa.

—Es... es dinero, ¿no es cierto? ¿Queréis dinero? En el bungalow apenas tengo unos tres mil dólares, pero puedo...

—No es dinero, Graham —interrumpió secamente el encapuchado de la Super-Star—. Es tu vida lo que queremos.

—No... no comprendo... ¿Por qué?

El encapuchado no respondió. Hizo una seña a uno de sus compañeros. Este acudió hacia los hermanos Gunninson. Quitó la mordaza a Sammy.

El mayor de los Gunninson sacudió la cabeza.

—Lo lamento, señor Cleese. Nos sorprendieron y...

El encapuchado le soltó un trallazo en la boca obligándole a callar.

—Muy bien hecho, Ciudadano Uno —dijo el de la

Super-Star—. Los acusados deben permanecer en silencio. Sólo responderán al ser interrogados.

El encapuchado llamado Ciudadano Uno hizo incorporarse a Sammy Gunninson. Este mantenía las manos atadas a la espalda. Los pies también sujetos por la cuerda.

—¿Cuál es tu nombre?

Sammy Gunninson, aun sangrando por la boca, respondió con rapidez al encapuchado de la Super-Star,

—Gunninson... Sammy Gunninson...

—Bien, Sammy Gunninson. Yo te acuso de una vida dedicada al crimen, a la violencia, a la muerte... De poco han servido tus años de encarcelamiento en la prisión de Attica, Dannemora y Auburn. Eres un mal bicho. Un peligro para la sociedad. Desaprovechaste la oportunidad que se te brindó en tu juventud, en el reformatorio de Elmira. Tu instinto sólo asimiló las malas enseñanzas. Bajo las órdenes de la mafia neoyorquina, te convertiste en un asesino. Y aquí, al servicio de Graham Cleese, has continuado tus crímenes. ¿Te consideras culpable o inocente?

Sammy Gunninson parpadeó.

Instintivamente comenzó a reír en nerviosa carcajada.

—¿Qué juego es éste? No voy a...

El movimiento del encapuchado fue rápido. En dos zancadas se situó junto a Sammy Gunninson. Le golpeó con el tubo silenciador

de la Super-Star. En la boca. Se escuchó un siniestro chasquido de dientes.

El violento impacto hizo caer a Sammy.

Comenzó a toser aparatosamente.

Atragantado por la sangre.

Escupiendo dientes.

—No es un juego, Sammy. ¡Responde a mi pregunta! ¿Te consideras culpable o inocente?

Sammy Gunninson fue nuevamente obligado a incorporarse. Demoró unos instantes la respuesta. El tiempo de dejar de toser y escupir dientes ensangrentados.

—Cul... culpable.

—Ciudadano Uno... Tú eres el abogado defensor de Sammy Gunninson —dijo el encapuchado—. ¿Tienes algo que decir?

Ciudadano Uno movió la cabeza de un lado a otro.

—No hay defensa posible para los crímenes de Sammy Gunninson. Ni tan siquiera imploro clemencia en el castigo. Dicte la sentencia que considere justa.

Graham Cleese estaba pálido. Con sus ojos saltones casi fuera de las órbitas. También la palidez de Pamela Murphy, inmóvil en uno de los rincones del salón, era cadavérica. Lou Gunninson, atado y amordazado en el sillón, contemplaba estupefacto todo aquello.

El encapuchado de la Super-Star dejó oír su ronca voz,

—Sólo una sentencia sería justa para Sammy Gunninson. Muerte. Ciudadano Tres... ¡Cumpla la sentencia!

Uno de los encapuchados empuñó un arma. Una automática Magnum también con tubo silenciador.

Avanzó hacia Sammy.

—No... ¡No...! ¡No pueden hacer eso...! ¡No pueden...!

Sammy Gunninson comenzó a dar saltos.

En un ridículo intento por escapar.

Trastabilló.

Hubiera caído de no ser sujeto por Ciudadano Uno y Ciudadano Dos. Los dos encapuchados le sujetaron por los brazos.

Ciudadano Tres extendió el brazo armado.

Apoyó el cañón de la Magnum en la frente de Sammy Gunninson. Entre ceja y ceja.

Giró hacia el encapuchado que dictaba las órdenes. Este asintió con un leve movimiento de cabeza.

Y Ciudadano Tres apretó fríamente el gatillo.

Lou Gunninson se dejó caer de rodillas.

Perdió el equilibrio. Atado de pies y manos, no pudo evitar que su cabeza golpeará contra el alfombrado suelo del salón.

—¡Piedad...! ¡No quiero morir...!

Lou Gunninson se arrastró.

Serpenteando como un gusano.

A la altura de sus aterrados ojos quedaron las botas.

Unas botas de altas cañas que asomaban bajo la túnica de unos de los encapuchados.

—Ponedle en pie.

Ciudadano Uno y Ciudadano Tres cumplieron la orden.

Lou Gunninson continuaba suplicando por su vida.

Por poco tiempo.

Ciudadano Dos le apoyó el cañón de la automática en la frente.

La cabeza de Lou Gunninson sufrió una violenta sacudida al recibir el impacto. Tras rápido espasmo quedó inmóvil.

Al dejar de sujetarle cayó de bruces.

Con el rostro ensangrentado.

Muy cerca del cadáver de su hermano mayor.

Los encapuchados centraron ahora su mirada en Graham Cleese. Este contemplaba horrorizado a sus dos guardaespaldas muertos.

—Esto... esto es absurdo... no pueden...

—Esta mañana no has sido juzgado, Graham —interrumpió la ronca voz del encapuchado de la Super-Star—. Fue una farsa. Aquí estamos nosotros para hacer cumplir la Ley. ¿Cuántos muertos por tu culpa al cabo de un año, Graham? ¿Cuántos terminan sus días enloquecidos por el poder de la heroína?

—Yo... yo no...

—Heroína, morfina, cocaína..., todo un alucinante mundo de horror. Falsos paraísos que conducen irremisiblemente a la muerte, Una muerte horrorosa. Espeluznante. Los hombres se convierten en bestias, los jóvenes envejecen embrutecidos... Tu maldita mercancía es la causante de todo ello. ¿Te consideras culpable o inocente? Responde, Graham.

—¡Inocente...! ¡Soy inocente! —exclamó Graham Cleese, dominado por el miedo—. ¡El tribunal me ha absuelto...! Yo ignoraba que en mis agencias se traficaba con drogas... ¡Soy inocente!

—Eres culpable —sentenció el encapuchado jefe—. Ciudadano Uno...

—Tampoco existe defensa posible —respondió Ciudadano Uno—. Ni mil vidas serían suficientes para castigar a Graham Cleese. Sugiero que sea torturado hasta morir. En prolongada agonía. En un tormento similar al que él ocasiona a sus víctimas. A los enloquecidos por la heroína.

El encapuchado de la Super-Star avanzó unos pasos.

Hacia el horrorizado Cleese.

—Tienes almacenes clandestinos repletos de droga, i Graham. Si quieres alcanzar nuestra clemencia, indica la situación de esos almacenes.

Graham Cleese ya no se atrevió a negar nada.

Se aferró desesperadamente a aquella posible tabla de salvación.

—Sólo... sólo dos almacenes. En el 2.346 de Ludwod Street y en el 1.340 de Beatty Road... En ellos está la droga. Toda cuanta existe actualmente en mi poder. Mo hay más.

El encapuchado extendió el brazo derecho.

Firmemente.

El tubo silenciador de la Super-Star encañonó la frente de Graham Cleese.

—Tienes tres segundos para encomendar tu alma, Graham.

Cleese balbuceó.

Con ojos desorbitados.

—Pero... pero... prometió clemencia si...

—¿Clemencia? Te la estoy dando, Graham. Una muerte rápida y con tiempo para arrepentirte de tus crímenes. No lo desaproveches.

—No... no puede...

—Tres segundos, Graham.

Fue como el descorchar de una botella de champán.

Una detonación amortiguada por el largo tubo silenciador de la Super-Star.

El proyectil abrió un boquete en la frente de Graham Cleese. Entre ceja y ceja. La violencia del impacto le impulsó contra la pared para instantes después caer sin vida.

El terror continuaba paralizando a Pamela.

Ni tan siquiera tenía fuerzas para gritar.

Seguía arrinconada en el salón. Contemplando todo aquello con desorbitados ojos. El miedo desencajaba sus bellas facciones.

—Atacadla.

La seca orden del encapuchado fue cumplida de inmediato.

Las manos de Pamela quedaron atadas a su espalda.

Fue arrojada sobre el largo sofá que adornaba el centro de la estancia.

El encapuchado jefe había guardado la Super-Star.

Su enguantada mano tomó del mueble-bar una botella de largo gollete. Una botella de exquisito brandy francés.

Se aproximó a la mujer.

—Es tu turno, Pamela.

Pamela sí habló ahora.

Con voz entrecortada.

—Yo... yo no sé nada de drogas... no he hecho nada...

El encapuchado movió la cabeza.

A través de la roja tela brillaban con fuerza sus ojos.

Con siniestro destello.

—Lo sé, Pamela. Tú eres la señora Murphy. La adúltera señora Murphy. Viciosa, pervertida y amante del peligro. Ofreciendo tu tentador cuerpo a bastardos como Graham Cleese. Vas a recibir un castigo ejemplar, Pamela.

—No... no quiero morir... Piedad...

—No vas a morir, Pamela. No sería justo tan duro castigo, pero sí recibirás una buena lección. La que mereces por tu depravación. Ya no volverás jamás a tentar a nadie con tu cuerpo. Ya no provocarás deseo, sino repugnancia.

—¿Qué... qué quiere decir...? ¿Qué va a hacer conmigo?

El encapuchado cogió la botella por el gollete.

Golpeó el recipiente contra una de las esquinas de la mesa. La botella se rompió ruidosamente.

Y Pamela comprendió.

De ahí que comenzara a gritar.

Un desgarrador alarido que se incrementó al sentir cómo el roto vidrio de la botella arañaba salvajemente su rostro.

CAPÍTULO V

Patrick Foxworth pulsó el llamador de la puerta.

Dedicó los instantes de espera a encender un cigarrillo. Cuando se disponía a pulsar nuevamente el timbre, se entreabrió la puerta.

Asomó el rostro de una mujer.

Foxworth le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, Katherine.

La mujer era joven. De unos veinticuatro años de edad. El pelo corto, en gracioso peinado, acentuaba el óvalo de su rostro. Ojos almendrados. Nariz breve. Labios deliciosamente gordezuelos y húmedos.

La joven parpadeó.

Aunque sorprendida, acentuó su estupor con un mohín.

—¡Oh, no!... ¿Eres tú, Patrick? Foxworth en persona? ¿Sueño o sufro una alucinación?

Patrick Foxworth amplió la sonrisa.

—Menos burlas, Katherine. ¿Me permites pasar?

—Aún no estoy vestida y...

—Tranquila, Katherine —interrumpió Foxworth, risueño—. Sabes que soy de toda confianza.

La muchacha correspondió a la sonrisa. Cerró la puerta para poder quitar la gruesa cadena de seguridad.

Al franquear de nuevo la hoja de madera se colgó del cuello de Foxworth.

—¡Oh, Patrick...!

Foxworth la abarcó por la cintura.

Y allí, bajo el umbral, unieron sus labios en apasionado beso.

—¿Cómo está mi pequeña Katherine Welch? —inquirió Foxworth, cerrando la puerta de un taconazo.

—Enfadada contigo, Patrick. Eres un ser despreciable. ¿Recuerdas nuestro último encuentro? ¡Hace más de dos meses! Fuimos al Dallas Symphony, cenamos juntos en un romántico restaurante italiano y me murmuraste al oído que estabas locamente enamorado de mí.

—Lo recuerdo, Katherine.

—También yo. Y aquella misma noche desapareciste. No he vuelto a saber de ti hasta ahora.

Katherine se cubría con una larga bata de seda estampada a la cintura. Calzaba azules chinelas. Su bello rostro sin la menor huella de maquillaje.

—Miedo, Katherine. Me dominó un miedo atroz. Mis palabras eran ciertas. Me estaba enamorando de ti. Y eso era peligroso. Decidí poner tierra de por medio.

—Muy original. ¿Y ahora? ¿Ya has perdido el miedo o significa que ya no estás enamorado de mí?

—El destino hace que volvamos a encontrarnos.

—¿El destino?

Foxworth movió la cabeza.

—Sí, Katherine. Ciertamente no he dejado de pensar en ti. Tarde o temprano hubiera terminado por acudir a tu lado, pero un suceso ha precipitado las cosas. Mejor así. Te he echado de menos.

El rostro de Katherine reflejó un gracioso mohín.

—No te comprendo, Patrick, pero tampoco importa. Estás aquí. Tampoco yo he dejado de pensar en ti. Te he maldecido día a día.

Foxworth sonrió.

Volvió a besar los carnosos labios de la joven. Entrelazados pasaron al salón contiguo al living. —¿Cómo te van las cosas, Katherine?

—Normalidad total. La pasada noche he estado de servicio. Me acabo de levantar, he almorzado y... ¿Ya has almorzado tú, Patrick? Puedo prepararte...

—Gracias, Katherine; pero también yo he almorzado hace un par de horas. ¿Cuándo vuelves al trabajo?

—A la noche —suspiró la muchacha—. Una compañera solicitó que le cambiara el turno. De saber que te ibas a presentar tú... A partir de mañana tengo tres días libres. ¿Qué tal si los pasamos juntos?

—Katherine, yo...

—No te hablaré de matrimonio —sonrió Katherine, alzando su mano derecha—. Te doy mi palabra.

—Puede que sea yo quien inicie ese tema, pero no ahora. No quiero engañarte, Katherine. Ya te he dicho que mi presencia aquí ha sido precipitada por un suceso. Necesito tu ayuda.

Katherine entornó sus verdes ojos.

Sus labios dibujaron un nuevo mohín.

—Adelante, Patrick —la muchacha se dejó caer en el sofá cruzando las piernas—. Debí imaginar que no era una visita de cumplido. Necesitas mi ayuda, ¿eh? ¿De qué se trata? Supongo no será cuestión de dinero. Durante estos dos meses he seguido tu

trayectoria periodística. No has dejado de escribir para la Benson Press y tus habituales artículos para las revistas de gran tirada. Eres un fulano que se cotiza, Patrick.

Foxworth asintió.

Con nulo entusiasmo.

—Mi posible fama se debe a Jungla de Asfalto. Esa maldita sección... No puedo dejarla.

—Es preciso combatir el crimen y la violencia, Patrick. Tú lo haces en tus escritos. No sólo te dedicas a informar y narrar el suceso, sino que lo denuncias. Has tenido problemas con personajes del hampa, con políticos corrompidos y... ¿te ocurre algo, Patrick?

Foxworth, junto al carro-bar, había quedado inmóvil.

Con los ojos muy abiertos.

Y muy fijos

Su mirada se centraba en las piernas de Katherine. Al cruzarlas se había deslizado la fina bata, mostrando con generosidad sus largos y esbeltos muslos femeninos. Incluso se dejaba entrever el blanco encaje del slip.

Y aquello había paralizado a Foxworth.

Katherine rió en cantarina carcajada a la vez que cerraba la bata.

—No has cambiado nada, Patrick. Déjate de tonterías y hablemos en serio. ¿En qué puedo ayudarte?

Patrick Foxworth se sirvió un vaso de whisky.

Acudió junto a la muchacha acomodándose en el sofá.

—Dices que te has levantado hace poco, ¿no?

—Ajá.

—Entonces no habrás leído los periódicos ni oído los boletines —Foxworth dejó el vaso sobre la cercana mesa, añadiendo—: La noche pasada ha sido pródiga en sucesos sangrientos. Junto a los habituales robos, asesinatos y violaciones, destaca lo ocurrido en el bungalow de Graham Cleese.

—¿Graham Cleese...? ¡Ah, sí! El magnate del transporte acusado de tráfico de drogas a gran escala. Tengo entendido que fue absuelto, ¿no es cierto?

—Absuelto por la mañana y condenado en la noche.

—¿Qué quieres decir?

—Unos encapuchados penetraron ayer noche en el bungalow de Graham Cleese. Mataron a sus dos guardaespaldas y al mismísimo Cleese. Había también una mujer en el bungalow. Pamela Murphy. La esposa de Burt Murphy, conocido industrial del tejido. Ella fue

testigo de todo.

—¿Pudo escapar de allí?

—Los encapuchados se conformaron con desfigurarle el rostro. Esas al menos son mis noticias. La Brigada Dallas Uno mantiene el caso en total mutismo. Su comunicado oficial a la Prensa ha sido escueto y poco informativo. Deja entrever un ajuste de cuentas entre grandes traficantes de drogas, pero yo no lo creo así. Ayer noche fueron incendiados dos almacenes propiedad de Graham Cleese. Dos almacenes repletos de droga. Ningún miembro del Sindicato del Crimen, por mucha que fuera su enemistad con Cleese, destruiría semejante mercancía.

—¿En qué puedo ayudarte?

—La señora Murphy ha sido internada en el Dysart Center.

—¡Oh, no...!

—Sí, Katherine. En el pabellón Primavera del Dysart Center. Uno de los más inaccesibles de la clínica. Nadie ajeno al centro puede penetrar en esa vigilada sección.

—¿Y pretendes que yo...?

—Puedes hacerlo, Katherine. Tú eres una de las enfermeras del Dysart Center. Te resultará fácil introducirme en el pabellón Primavera. Sólo eso. No quiero comprometerte a más. Dentro del pabellón ya me encargaré yo de llegar hasta la habitación de la señora

Murphy Según mis informes, es la número 712. Ya me confirmarás tú ese dato.

Katherine permaneció unos instantes en silencio.

Fijó sus ojos en Foxwort.

—¿Es muy importante, Patrick?

—Lo es. Mi instinto me indica que algo se oculta tras el asesinato de Graham Cleese y sus guardaespaldas. Algo que la policía, por el momento, no ha querido pregonar. Pamela Murphy es la único testigo. Sólo ella puede informármelo lo ocurrido.

—De acuerdo, Patrick. Te ayudaré. Aunque no entro en servicio hasta las ocho de la tarde.

Foxworth consultó el digital de su reloj de pulsera.

—Nos queda algo más de cinco horas... ¿Tenías algún plan previsto?

—Ninguno.

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

Patrick Foxworth abarcó entre sus manos el rostro femenino. Besó los labios de Katherine. Suavemente. Con lentitud le fue

reclinando sobre el sofá. El lazo de seda que anudaba la cintura de Katherine se deslizó. El sujetador y el slip, en blanco encaje de tul de nylon, destacaban sobre la bronceada piel de la muchacha.

Algo más de cinco horas...

El tiempo pasó veloz para Patrick Foxworth y Katherine Welch.

CAPITULO VI

La mujer sin rostro.

Ojos sin rostro...

Parecía el personaje femenino de una de aquellas películas de antaño. Con el rostro cubierto por vendas. Asomando sus ojos por entre el niveo vendaje. Unos ojos aún aterrados. Dominados por el pánico.

También una leve abertura en la boca.

Los labios de Pamela Murphy se movían convulsivos.

—¿Quién... quién eres? ¿Otro policía? Dejarme en paz...

—¿No me recuerdas, Pamela?

Pamela ni tan siquiera se había dignado mirar al hombre que había penetrado en la habitación. Mantenía la cabeza ladeada hacia el ventanal.

Lentamente fue girando la mirada.

Posó sus ojos en el individuo.

Un hombre joven. De rostro atractivo que sonreía cordial. Se cubría con una chaquetilla gris. En la solapa, un distintivo del Dysart Center con fondo azul y siglas del pabellón Primavera.

Sólo la lámpara de la mesa de noche estaba iluminada.

—Patrick... ¿Eres Patrick Foxworth?

Foxworth se aproximó sentándose al borde del lecho.

—Sí, Pamela. Yo soy.

—¿Qué... qué haces con esa chaqueta de enfermero?

—Era la única forma de poder llegar hasta aquí, Pamela. Quiero hablar contigo unos minutos.

Los ojos de la mujer adquirieron un súbito destello. Relampagueando furiosos. También los labios femeninos incrementaron el temblor.

—Lárgate... ¡Vete...! No voy a proporcionarte noticias para tus morbosos lectores.

Foxworth encendió un cigarrillo.

Lo depositó en labios de Pamela. En aquella oquedad trazada sobre el vendaje. Pamela succionó ávidamente. Apartó la sábana para llevar su zurda hacia el cigarrillo. Lo separó de los labios exhalando una bocanada.

Fue entonces cuando Foxworth descubrió el vendaje del pecho.

Los senos de Pamela protegidos por apósitos.

—Quiero saber lo ocurrido, Pamela; pero olvidaré que soy periodista si tú me lo pides. No publicaré nada de cuanto me digas si ése es tu deseo. Tienes mi palabra. Y sabes que puedes confiar en ella.

Pamela no respondió.

Siguió fumando ávidamente.

—Pamela...

—Vete, Patrick. No quiero volver a contar lo ocurrido. No quiero... ya lo he hecho a la policía. Creo recordar que eres amigo del teniente Wilford Corey, ¿no es cierto? A él se lo he contado todo. ¡Y no quiero volver a hablar de ella...! ¡No quiero recordar otra vez...! ¡Oh, Dios...!

Pamela arrojó el cigarrillo.

Ladeó la cabeza hacia el ventanal.

—El teniente Corey nada quiere decir a la Prensa,

Pamela. Y tampoco a mí. Su nota oficial es que encapuchados irrumpieron en el bungalow de Graham Cleese matando a éste y a sus dos hombres de confianza.

En el vendado rostro de Pamela ya no brillaban sus ojos. Ahora estaban nublados. Velados por lágrimas.

—¿No... no se habla de mí?

—No quiero mentirte, Pamela. Los periodistas han descubierto tu presencia en el bungalow. Tu nombre no figura en la nota oficial de Brigada Dallas Uno, pero cuando te trasladaban urgentemente a la Clínica Davis algunos periodistas fueron tras la ambulancia. Indagaron hasta conocer tu identidad. Muy pocos saben que hoy has sido trasladada al Dysart Center. Esta es una clínica privada de lujo. Aquí se te considera a salvo de los muchachos de la Prensa.

—Lo saben... todos saben ya que...

—Sí, Pamela.

—Ahora comprendo... Burt... no he visto a Burt... mi marido no ha aparecido por aquí en todo el día. Le recuerdo ayer noche. En la Clínica Davis. No se interesaba por mi estado. Su única preocupación era que mi nombre no figurara en los periódicos.

—No ha podido evitarse, Pamela.

—Y el honor de los aristocráticos Murphy por el suelo. Es fácil imaginar la reacción de Burt. Internarme en una clínica privada y, dado que no ha podido evitarse el escándalo, proceder de inmediato a los trámites de divorcio. Nada puedo decir en mi descargo. ¿Qué disculpa dar a mi presencia en el bungalow de Graham Cleese? Sí..., es fácil adivinar la reacción de mi marido.

Aquí me ha dejado. Como a un perro. El muy...

Pamela profirió una maldición muy poco femenina.

Patrick Foxworth tomó entre sus manos la diestra de la mujer.

—No pierdes al compañero ideal, Pamela. En cierta ocasión te acompañé a tu casa. Habías bebido algo más de la cuenta y Burt Murphy te abofeteó en presencia de todos.

—Lo recuerdo, Patrick...

—Después hemos coincidido en diferentes actos. Yo en busca de información. Tú aburriéndote soberanamente entre todos aquellos hombres de negocios. Terminando siempre bañada en champán. Y Burt Murphy con sus habituales bofetadas.

—Te comportaste como un caballero. Patrick. En la fiesta de los Harrison... al enfrentarte a todos. Al insultar al todopoderoso Burt Murphy. Y te comportaste como un caballero después... Haciendo caso omiso a mis insinuaciones.

Foxworth sonrió.

Palmeó la mano derecha de Pamela.

—No hubiera sido correcto aprovecharme de tu estado eufórico.

—Eres... eres un gran tipo, Patrick —los ojos de Pamela volvieron a nublarse—. Ya... ya no volveré a provocar a nadie... El encapuchado estaba en lo cierto. Ahora sólo provocaré repugnancia.

—Cuéntamelo todo, Pamela. No publicaré nada de cuanto me digas.

—Ya poco importa que lo publiques o no. Todo ha terminado para mí.

—Tonterías. Actualmente la cirugía hace verdaderos milagros. No debes desanimarte. Ni preocuparte por Burt Murphy. ¡Al diablo con él!

—¿Qué... qué quieres saber, Patrick?

—Todo. Todo lo ocurrido en el bungalow de Graham Cleese.

La voz de Pamela se hizo menos audible. Puede que, al narrar los hechos, fuera nuevamente dominada por el miedo.

—¿Quieres decir...? ¿Te conocía?

—Sí, Patrick. El encapuchado que llevaba la voz cantante me llamó por mi nombre desde el primer momento. No sólo como señora Murphy. También me llamó Pamela.

—¿Te resultaba familiar su voz? ¿O la de alguno de los otros encapuchados?

—No... Era una voz ronca. Puede que desfigurada por la capucha.

—Ciudadano Uno, Ciudadano Dos...

—Sí, Patrick. Así les llamaba. Fue... fue horrible. Presenció aterrorizada las ejecuciones. Fueron eso, Patrick. Ejecuciones. El encapuchado acusó a los hermanos Gunninson de crímenes y les sentenció a muerte. Luego hizo otro tanto con Graham Cleese. Lo sabía todo sobre ellos. Habló de las condenas de los Gunnison por las diferentes prisiones de Estados Unidos, sus vinculaciones con la mafia neoyorquina... En cuanto a mi, también parecía estar al corriente de mis... mis aventuras frívolas. Ese encapuchado, el que parecía ser el jefe, mató personalmente a Graham Cleese. Un disparo en la frente. También fue él quien me desfiguró el rostro con la botella rota. Una y otra vez. Después me desgarró el vestido y hundió los cristales en mi pecho. Salvajemente.

—¿Qué ocurrió luego?

—El encapuchado llamó por teléfono. Desde el mismo salón del bungalow. No recuerdo bien, pero creo que comunicaba el emplazamiento de los almacenes clandestinos mencionados por Graham. Yo... yo estaba enloquecida por el dolor. Me desangraba en el sofá. Creo... creo que llegué a perder la noción del tiempo. Tal vez sufrí un desmayo. Lo cierto es que, al percatarme de que estaba sola, me arrastré hasta el teléfono para pedir auxilio. Llegó la policía, la ambulancia... Eso es todo, Patrick. Ya no sé más.

—La nota oficial de la Brigada Dallas Uno parece indicar un ajuste de cuentas entre grandes traficantes de drogas.

—Muy original.

—¿No lo crees así?

—No, Patrick. Sólo querían castigar duramente los crímenes de Graham Cleese y los hermanos Gunninson. Imponer ellos mismos una justicia que aquel mismo día había sido burlada al absolver a Graham Cleese. Iban a por él. Pagaron también los hermanos Gunninson... y yo.

—¿Como un escuadrón de la muerte?

—Sí, eso es... Uno de esos grupos fanáticos que se dedican a eliminar a los asesinos que burlan la ley, ejecutando ellos mismos su justicia.

Foxworth se incorporó.

Sonrió animosamente a la mujer.

—No quiero molestarte más, Pamela. Procura descansar y no te dejes abatir. ¿Prometido?

—Patrick...

—¿Sí?

—No me importa que publiques todo cuanto te acabo de confesar, pero quiero añadir algo más. Algo que no se debe

publicar. Quedará entre nosotros. Ni tan siquiera se lo he dicho a la policía.

—¿De qué se trata?

—Los... los encapuchados... Ya te he comentado que iban protegidos por largas túnicas blancas, con rojas capuchas y guantes negros. Ningún dato que pudiera delatarles; sin embargo uno de los encapuchados, en una ocasión, pasó por encima del cadáver de Graham

Cleese. Pude ver sus botas. Unas botas de altas cañas que asomaron bajo la túnica.

—¿Botas?

—Sí, Patrick. Unas botas negras.

—¿Por qué no has proporcionado ese dato a la policía? Puede que sea una buena pista para la investigación.

—No me he atrevido a hacerlo, Patrick. Esas botas son las que utiliza la policía.

Foxworth parpadeó.

Sorprendido.

—¿Estás segura?

—Sí, Patrick. Eran botas idénticas a las utilizadas por miembros de la Brigada Dallas Uno.

* * *

Patrick Foxworth ya se había despojado de la chaqueta gris y esperaba junto a la puerta de los vestuarios. Katherine le hizo una seña.

—Ahora, Patrick...

Foxworth abandonó la estancia.

Katherine le esperaba en el largo corredor. Le condujo hasta uno de los elevadores. Uno de los ascensores con el cartel indicador de no utilizable por el público.

—Pulsa el último botón, Patrick. Te conducirá hasta el parking subterráneo del edificio. Desde allí podrás salir sin problemas.

—Gracias por todo, Katherine. No has debido arriesgarte tanto ni...

La muchacha, con su uniforme de enfermera, se aupó para poder besar los labios de Foxworth.

—Vete, Patrick. No es prudente que permanezcas aquí.

—Hasta pronto, Katherine.

Patrick Foxworth se introdujo en el elevador.

Instantes más tarde se encontraba en el parking, subterráneo

del Dysart Center. Avanzó hacia el exterior por el pasillo peatonal. No habían utilizado su vehículo, sino el de Katherine.

De ahí que ahora esperara al borde de la calzada la llegada de algún taxi.

—¿Puedo llevarte a algún sitio, Patrick?

Foxworth respingó ante la súbita voz que sonó a su espalda. Giró enfrentándose a Wilford Corey.

El policía le sonreía irónico. Con los pulgares engarfiados en la hebilla del cinturón.

—Buenas noches, Wilford.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí?

El rostro de Wilford Corey, aunque sin dejar de sonreír, no parecía muy cordial. Había un coche de la Brigada Dallas Uno junto a la puerta principal del Dysart Center. Con dos agentes uniformados en el interior del vehículo. La portezuela abierta. Asomaban las botas de uno de los agentes.

—Vengo de hablar con la señora Murphy.

Wilford Corey entornó los ojos.

Paulatinamente borró la sonrisa de su rostro.

—Algún día te encontrarás en dificultades, Patrick.

—¿Por qué? Es deber de un periodista informar de lo acontecido en la ciudad. La nota oficial de la Brigada Dallas Uno era demasiado oscura.

—Hemos proporcionado otra —dijo Corey, abriendo la portezuela de un Mercury—. Detallando más ampliamente lo ocurrido en el bungalow de Graham Cleese.

—¿Con la misma y ridícula hipótesis de un ajuste de cuentas?

Wilford Corey volvió a sonreír.

Fríamente.

—La Brigada Dallas Uno no tiene nada que ocultar, Patrick. En principio se pensó en un ajuste de cuentas, pero la destrucción de los almacenes clandestinos hizo cavilar. La declaración de Pamela Murphy sobre los encapuchados justicieros es demasiado teatral. Un truco de los encapuchados para despistar a la policía, pero el destruir millones de dólares en heroína... Sí, Patrick. Millones de dólares. Los dos almacenes de Graham Cleese estaban a rebosar. Richter Chapman y Walter Newhart se encuentran desesperados. Se han quedado sin proveedor y sin mercancía.

—Un gran triunfo, Wilford.

—No ha sido mío, pero ciertamente lo celebro. No sólo la destrucción de esa maldita heroína, sino la muerte de Graham Cleese. Bastardos como él emponzoñan la ciudad. Está mejor

muerto.

—¿Qué me dices de los encapuchados? Unos justicieros que se dedican a implantar su propia...

—¡Por todos los diablos...! ¿Crees eso, Patrick? Te consideraba más inteligente. Ese simulacro de juicio a Graham Cleese y los hermanos Gunninson fue un truco. Iban a dejar con vida a Pamela Murphy. Un testigo. Esos encapuchados no son, tal como han querido dar a entender, ultradefensores de la justicia. Son gente del hampa. Individuos de un fuerte Sindicato del Crimen.

—En Texas sólo hay dos poderosas organizaciones. La de Chapman y la de Newhart.

—Correcto. Y las dos acudían a Graham Cleese para que les abasteciera de droga. Puede que alguien decidiera ocupar el lugar de Graham Cleese. Illinois, Iowa, Missouri, Kansas... La droga que se consume en todo el Middle West está controlada por el clan de Sergio Palestina. Alguno de los hombres de Palestina se han visto últimamente en San Antonio. ¿Qué hacen en Texas? ¿Quién nos asegura que no quieren anexionarse todo el sudoeste? Desde Arkansas hasta Arizona.

—¿Quemado millones en heroína?

—El clan de Palestina puede permitirse ese lujo. Con un doble fin. En primer lugar, con esa farsa de los encapuchados justicieros que queman heroína, nadie sospecharía de la organización de Sergio Palestina. Y en segundo lugar, con la destrucción de esos dos almacenes, subiría la cotización de la heroína.

—No es mala hipótesis, aunque...

—Sigue, Patrick. ¿En qué piensas?

Foxworth denegó con un movimiento de cabeza.

Estaba pensando en las botas de altas cañas mencionadas por Pamela Murphy. Botas negras utilizadas por la Brigada Dallas Uno. Como las que Wilford Corey llevaba un ese mismo momento.

—Nada. Olvídalo.

Corey puso el motor en marcha.

—Voy al Departamento. ¿Te dejo en tu casa o en la redacción de la Benson Press?

—En mi apartamento. Aún tengo que escribir mi artículo para Jungla de Asfalto.

—Las declaraciones de Pamela Murphy. Otra exclusiva, ¿eh, Patrick? —Corey maniobró para salir del aparcamiento—. Eres un tipo muy bien relacionado-. Terry Stimson te permite el asistir a determinadas reuniones interesantes, yo te proporciono algún que otro dato... Me sorprende que la señora Murphy haya aceptado

platicar contigo. No estaba de muy buen humor cuando la interrogué.

—¿No has sido presionado para silenciar su nombre?

—Oh, sí..., por supuesto. Incluso el gran Burt Murphy me sugirió un fabuloso donativo para los huérfanos de la Brigada Dallas Uno. Le envié al infierno.

Foxworth chasqueó la lengua.

—Jamás llegarás lejos, Wilford. Eres muy poco...

Patrick Foxworth se interrumpió ante la llegada de un agente de la Brigada Dallas Uno. Uno de los que habían permanecido junto al coche patrulla.

Acudió en veloz carrera cortando el paso del Mercury.

—¡Teniente...!

Wilford Corey pisó el freno a la vez que se asomaba por la ventanilla del auto.

—¿Qué ocurre, Curtis?

—Se ha recibido una llamada por radio... Unos encapuchados han atacado e incendiado la sede de los Angeles Negros.

CAPÍTULO VII

Los Angeles del Infierno de Nueva York tenían su réplica en Dallas. Aquí denominaban Angeles Negros. Con características y credo semejantes. Grupo de jóvenes violentos que dominaban por el terror determinada zona de la ciudad.

En Dallas esa zona era Todd Hill.

Los Angeles Negros lo formaban una veintena de jóvenes en edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años. La mayoría de ellos ya habían pasado más de una vez por reformatorios estatales. Eran algo más que gamberros motorizados. Habían cometido varios asesinatos e infinidad de robos, Ellos imponían su ley en Todd Hill Sembrando el terror entre pequeños y grandes comerciantes.

La última hazaña fue la violación y asesinato de una maestra del Odessa College. Una mujer de treinta años que se había atrevido a enfrentarse a los Angeles Negros denunciando públicamente sus atropellos y vandalismo.

El Odessa College fue atacado por los Angeles Negros, que causaron incalculable daño material. Raptaron a la maestra. Su cadáver apareció en un bidón de basura. Había sido repetidamente violada y golpeada con cadenas. Hasta su muerte.

Ninguna acusación contra los Angeles Negros.

Nadie había visto nada.

Nadie sabía nada.

Los principales cabecillas de los Angeles Negros interrogados por la policía a raíz de los hechos presentaron irrefutables coartadas.

De ahí que sus fechorías continuaran.

Burlando una y otra vez la ley.

Su lugar de reunión, el cuartel general de los Angeles Negros, era un barracón de Eggar Road. Allí celebraban sus orgías y triunfos.

El 690 de Eggar Road era ahora una montaña de fuego. El barracón ardía por los cuatro costados. Los recién llegados bomberos poco podían hacer. Más de cinco latas de gasolina habían sido derramadas en el interior del barracón.

—Fue algo horrible... ¡Horrible! —exclamaba histérica una mujer—. Yo lo vi todo desde mi ventana... Llegaron dos coches...

descendieron unos fantasmas... ¡Sí...! Eran como fantasmas. Con túnicas blancas... con capuchas rojas... Eran unos diez o doce. Iban armados con metralletas. Penetraron en el barracón de los Angeles Negros. Al instante escuché los disparos..., ráfagas de ametralladora... gritos... Dos de los encapuchados comenzaron a sacar latas de gasolina y rociaron el barracón por todos lados. Principalmente en la puerta de acceso. Luego arrojaron más latas al interior, prendieron fuego y taponaron la puerta con un travesaño. Mi marido ya había dado aviso a la policía y...

La voz de la mujer fue acallada por el estruendo.

Gran parte del barracón había cedido. Una gran llamarada se elevó devoradora haciendo retroceder a los bomberos.

La confusión era total en Todd Hill. Se había acordonado la zona y evacuado los edificios próximos.

Cientos de personas presenciaban el dantesco espectáculo. El ulular de las ambulancias se confundían con las sirenas de los coches patrulla y los bomberos que acudían en refuerzo de sus compañeros. Difícilmente se podía contener la voracidad de las llamas.

Wilford Corey había colocado sobre la capota del Mercury la sirena de alarma y conectado la radio del auto.

Fue recibiendo información de los acontecimientos.

Y no llegó a Todd Hill.

Una llamada de emergencia le hizo desviarse hacia Ridder Street. Uno de los autos asaltantes del barracón había sido interceptado en el cruce de Ridder Street con la Mac Rae Avenue por un coche patrulla de la Metropolitan Police. Los agentes solicitaban ayuda inmediata.

No era mucha la distancia entre Todd Hill y Ridder Street.

El Mercury conducido por Wilford Corey fue uno de los primeros en acudir al lugar. El coche patrulla de la Metropolitan Police estaba con dos ruedas destrozadas a balazos. También varios impactos de proyectil en la carrocería.

Los dos agentes habían resultado ilesos.

Permanecían parapetados.

Wilford Corey descendió del vehículo seguido por Foxworth.

—¡Cuidado, teniente! —advirtió uno de los agentes—. Hemos herido a uno de ellos. ¡Se ha refugiado en esa casa deshabitada!

Corey extrajo su Magnum Special.

—¿Qué infiernos esperan aquí? Puede escapar con facilidad. Esa casa está en total ruina.

—Hay otros más, teniente —dijo el agente de la Metropolitan

Police—. Eran seis encapuchados los que

iban en el auto. Al intentar esquivarnos, perdieron la dirección y chocaron. El auto no les respondió y abandonaron el vehículo. Todos penetraron en ese edificio en ruinas. Les habíamos bloqueado el paso y...

—¡Ya habrán salido por el otro lado, estúpidos!

Wilford Corey corrió hacia la casa deshabitada. Estaba cercada por una valla metálica. Una de las hojas había sido abatida.

Los dos agentes de la Metropolitan Police, ante la acción del teniente, le imitaron.

—¡Por el otro lado! —ordenó Corey, secamente— ¡Acudid a la otra calle!

Patrick Foxworth no dudó.

Fue tras el teniente de la Brigada Dallas Uno.

El edificio era de ocho plantas. En total estado de ruinas. Los vagabundos habían forzado la puerta de entrada y los ventanales del primer piso. También se habían ido acumulando bolsas de basura arrojadas por encima de la valla metálica de protección.

Wilford Corey penetró en la casa.

En su diestra el reglamentario Colt Magnum Special.

Una rata gorda y sucia escapó veloz por entre las piernas del policía, perdiéndose en la oscuridad reinante.

Corey subió la escalera.

Lentamente.

Giró con rapidez al oír pasos a su espalda y encañonó a Patrick Foxworth durante unos instantes.

—Maldita sea, Patrick... ¡Lárgate!

Se escuchó un ensordecedor ulular de sirenas. Varios coches patrulla fueron llegando a la zona. Alguno de ellos ya habían entrado sus faros portátiles sobre el edificio deshabitado.

Contrarrestando la oscuridad de la noche.

Wilford Corey ya había llegado a la primera planta.

Dos apartamentos por piso. A derecha e izquierda. Ambos sin puerta de entrada. Con algunos tabiques derribados. Desde allí era fácil saltar al exterior. A la otra calle paralela. Incluso había una escalera de emergencia que conducía a un pequeño callejón.

Por allí habían escapado fácilmente los encapuchados.

Wilford Corey descubrió las manchas en el suelo.

Manchas de sangre.

Terminaban en un armario empotrado en una de las paredes.

El teniente de Brigada Dallas Uno se hizo a un lado a la vez que abrió bruscamente la puerta del armario. Se situó acto seguido

frente a la puerta. Semiencorvado. Con ambas manos aferrando el Colt Magnum Special.

Presto a disparar.

Sí.

Allí estaba uno de los encapuchados. El que había sido herido por los agentes de la Metropolitan Police. Agazapado en el interior del armario. La sangre ya había formado un charco en el suelo.

—No... no dispare...

Corey le arrastró fuera del armario.

Le arrancó la capucha roja.

No le resultó familiar aquel rostro. Un individuo de unos cuarenta años de edad. Pobladas cejas y cabello gris. Sudaba copiosamente. Con un rictus de dolor reflejado en el rostro.

—¿Dónde están los otros? —interrogó Corey—. ¿Cuál es vuestro lugar de reunión?

—Estoy herido... necesito... necesito ayuda...

Corey le rasgó la túnica. Descubrió la herida del pecho. Muy cerca del corazón. La sangre manaba a borbotones.

—¿Ayuda? No, hermano. No la tendrás hasta que hables. ¿Quién es vuestro jefe? ¡Su nombre!

—Me... me estoy desangrando...

—¡Responde, bastardo!

Wilford Corey le golpeó con el cañón de la Magnum. En el pecho. Sobre la sangrante herida.

Patrick Foxworth, que llegaba en aquel momento, intervino.

—¿Te has vuelto loco, Wilford?... ¿Qué pretendes? ¿Matarle?

—Sí..., eso voy a hacer —Corey comenzó a zarandear al herido—. ¿Puedes oírme, hijo de perra? Responde a mis preguntas o te meto el cañón en el boquete de tu nauseabunda herida. ¿Quién es vuestro jefe...? ¡Dime su nombre! ¿Cuál es el Sagar de reunión?

—¡Ya basta, Wilford! —protestó Foxworth—. ¡Déjalo o...!

El teniente desvió la mirada hacía Patrick Foxworth.

La mirada y el cañón del Colt Magnum Special.

—Esto no es un juego, Patrick. Nadie te ha ordenado llegar hasta aquí. Este es mi trabajo. Muy distinto al de escribir cómodamente sentado tras una mesa denunciando hechos.

—No puedo permitir que...

—Métete en tus asuntos, Patrick. Déjame cumplir mi trabajo o pagarás las consecuencias. Y sabes que no amenazo en...

Wilford Corey enmudeció.

Quedando unos instantes inmóvil.

Alzó la mirada al techo para seguidamente incorporarse y emprender veloz carrera hacia la escalera.

Patrick Foxworth se inclinó sobre el caído.

—Tranquilo... Pronto llegará una ambulancia...

El hombre desorbitó los ojos.

La mueca de dolor se acentuó en su rostro. Movié los labios. Como si quisiera hablar. Sufrió un espasmo. Una bocanada de sangre ahogó toda posible palabra. Luego quedó rígido. Con los ojos muy abiertos.

Foxworth escuchó los pasos a su espalda.

Muy tenues.

—Ya te has salido con la tuya, Wilford. Este hombre...

Patrick Foxworth no terminó la frase.

Palideció.

No era Wilford Corey el que se aproximaba, sino un encapuchado, cubierto con una larga túnica blanca. En su mano derecha, una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

El encapuchado extendió el brazo armado.

Apuntando a la cabeza de Patrick Foxworth.

* * *

Wilford Corey vació la cuarta taza de café.

Chasqueó la lengua.

—¿Quieres que nos sirvan más café, Patrick?

Foxworth estaba junto al ventanal del despacho. Volvió junto a la mesa escritorio y se dejó caer en el sillón. Frente al teniente de Brigada Dallas Uno.

—Sólo quiero firmar mi declaración y largarme, Wilford. Ya pronto amanecerá y sigo aquí ¡Llevo horas esperando en tu despacho!

Corey se reclinó en el sillón giratorio.

Sonrió.

—Sí, tienes razón... Disculpe. Me olvidé por completo de ti. He estado muy ocupado, pero te compensaré con alguna que otra primicia informativa para tus lectores. El encapuchado muerto ha resultado ser un tal Charles Williams. Un vulgar comerciante de Barrio Lacy. Sin antecedentes penales. Un individuo de vida gris. Hace aproximadamente un año perdió a su esposa y a su hija de corta edad. En un trágico accidente. La señora Williams, embarazada de cuatro meses, paseaba con su hija de dos años de edad. Dos melenudos a bordo de una potente motocicleta

perdieron el control de la máquina y atropellaron a madre e hija. Por supuesto abandonaron el lugar sin prestar ayuda alguna, ladre e hija fallecieron mientras eran trasladadas al hospital. Charles Williams, hundido y amargado, prosiguió su gris vida al frente de su pequeño negocio.

—No murió como un hombre vulgar.

—Cierto, Patrick. Lo ocurrido fue algo excepcional en la vida de Charles Williams. Participó en el asalto a la sede de los Angeles Negros. El balance de víctimas es escalofriante. Dieciocho muertos. Tres de ellos por herida de bala. Los encapuchados penetraron en el barracón metralleta en mano. Ordenaron a todos que se arrojaran al suelo. Algunos Angeles Negros ofrecieron resistencia y fueron acribillados. Luego, los encapuchados rociaron todo con gasolina. Interior y exterior. Sólo cinco supervivientes con quemaduras de primer grado. Uno de esos supervivientes ha podido contarnos algo de lo ocurrido. Dijo que los encapuchados acusaron a los Angeles Negros de asesinato continuado y que eran sentenciados a muerte. Que la hora de la justicia había llegado para ellos.

—Eso echa por tierra tu hipótesis de Sergio Palestrina.

—En efecto. Estamos frente a uno de esos fanáticos y justicieros escuadrones de la muerte.

—Charles Williams pudo declarar, pero tú le ayudaste a morir.

Corey entornó los ojos.

Esbozó una sonrisa.

—No digas tonterías, Patrick. Ese hombre ya estaba muerto. Su herida era mortal. Hubiera muerto al ser trasladado.

—Tal vez, pero tú precipitaste su muerte al zarandearle y golpearle brutalmente. Sin piedad.

—Era la única forma de hacerle hablar, de atemorizarle... Al oír ruido en el piso superior acudí de inmediato, pero de haber seguido interrogando a Williams terminaría por haber confesado algo.

—¿Sabes una cosa, Wilford? Yo no escuché ruido alguno.

—¿Qué insinúas?

—Nada, Wilford. Simplemente eso. Que no escuché ese ruido que tú aseguras haber oído. Me sorprendió mucho que salieras precipitadamente

—Más sorprendente es tu historia del encapuchado.

—¿Crees que miento?

—¡Oh, no!... ¿Por qué ibas a hacerlo? Sólo que también resulta sorprendente. La aparición del encapuchado y el que te dejara con vida.

—En eso también yo estoy sorprendido —murmuró Foxworth—.

Me encañonó con la Super-Star. Durante unos instantes. Como si dudara en apretar el gatillo. Reconozco que cerré los ojos, y encomendé el alma al Todopoderoso. No sonó la temida detonación. Al abrir nuevamente los ojos sorprendí al encapuchado inclinado sobre Charles Williams. Sin duda para cerciorarse de que estaba muerto.

—Los muertos no hablan.

—Una gran verdad, Wilford.

—Oye, Patrick... Yo permanecí ausente unos tres o cuatro minutos. El tiempo de subir al piso superior e investigar. Retorné de inmediato. No me crucé con su encapuchado. ¿Por dónde escapó?

—Lo ignoro. No fui tan suicida como para seguirle o impedir su marcha. Yo estaba desarmado.

Wilford Corey ahogó un suspiro.

—Bien..., puedes irte, Patrick. Perdona el haberte retenido durante tanto tiempo.

Patrick Foxworth continuó inmóvil.

Sentado en el sillón.

—Aún no he firmado mi declaración, Wilford.

—¿Tu declaración? No es necesaria, Patrick. Ya he tomado nota de todo ello.

—Comprendo. Tienes miedo. En mi declaración hablaría de tu trato al herido. De cómo interrogaste brutalmente a un moribundo.

El teniente de Brigada Dallas Uno rió en sonora carcajada.

—Eso me tiene sin cuidado, Patrick. Estoy acostumbrado. Si quieres hacer tu declaración, adelante. El oficial de guardia te tornara esa declaración. Hazla con todo detalle Sin olvidar mencionar a tu encapuchado. ¿Piensas contarle en tu sección de Jungla de Asfalto? Impresionará a tus lectores. El valiente Patrick Foxworth, desarmado e indefenso, enfrentándose sin . parpadear al cañón de una asesina Super-Star.

—Tal vez lo haga, Wilford. Será un buen artículo.

—No lo dudo. Tienes garra.

Foxworth se incorporó.

Contempló fijamente a Corey.

—¿Quieres conocer mi hipótesis sobre la misteriosa desaparición del encapuchado?

—Por supuesto, Patrick.

—Tú eras ese encapuchado.

La burlona sonrisa reflejada en el rostro de Wilford Corey se borró.

Volvió a empuñarse los ojos.

Ocultando un súbito brillo.

—No me gusta ese tipo de bromas, Patrick.

—No es ninguna broma. Tu intención era matar a Charles Williams. Silenciar su boca para que no te delatara como jefe de los encapuchados. No podías permitir que llegara con vida al hospital y hablara. Tampoco podías liquidarle en mi presencia. Le zarandeaste y golpeaste, pero no podías hacer más sin comprometerte seriamente. De ahí el truco de imaginar un ruido en el piso superior. Me dejaste solo. Luego apareciste a los pocos segundos. Con túnica blanca y capucha roja. Abandonada por alguno de los encapuchados en su huida. Llegaste dispuesto a eliminar a Charles Williams, pero no fue necesario. Ya había muerto.

—Eres fabuloso, Patrick... Tu imaginación es desbordante.

—El no matarme te delató, Wilford.

—¡Vete al infierno!

—¿No respondes a mis acusaciones, Wilford?

—No puedo perder el tiempo tan alegremente. ¡Lárgate, Patrick!

Foxworth se encaminó hacia la puerta.

Al hacer girar el pomo, sonó la voz de Corey.

—Patrick,...

—¿Sí?

—Sólo una advertencia:.. Ten mucho cuidado con tus artículos para la Benson Press

—¿Me amenazas?

Los dos hombres se miraron fijamente.

Una fría sonrisa asomó a labios del teniente.

—No, Patrick... Ya te lo he dicho. Sólo una advertencia. Referente a tu fantástica hipótesis, quiero hacer una pequeña observación. Jamás dejo cabo sueltos. Nada que pueda comprometerme... De haber sido yo el encapuchado de la Super-Star, tú estarías muerto.

CAPÍTULO VIII

Samantha Moore era en la actualidad una de las más cotizadas estrellas de Hollywood: En menos de dos años había pasado del más oscuro anonimato a la cima de la popularidad. Sus películas, románticas y melodramáticas, figuraban en cartel meses y meses. Unos filmes ajenos por completo al sexo, terror y violencia.

«Sueños, Atardecer en Amarillo, La heredera de los Robinson...» Cinco películas en dos años. Cinco clamorosos éxitos. Filmes que narraban historias de amor. Un amor romántico y puro. Desbancando en la lista de aceptación de taquilla a las habituales películas de sexo, terror y cataclismos.

El retorno al romanticismo perdido y un bien elaborado guión eran las claves del triunfo, aunque también estaba Samantha Moore.

Por encima de todo.

Era ella.

Con sus primaverales veinte años en flor. Su rostro angelical. Sus azules ojos de limpia y profunda mirada. Su cuerpo armonioso y grácil...

Sí.

Samantha Moore que, con su belleza y candor, había cautivado a millones de espectadores.

Había tres películas más. Protagonizadas por Samantha Moore en los últimos seis meses. Tres cortometrajes no realizados en Hollywood ni conocidos por el gran público.

«Orgía en las aulas», «Zoofilia-girl» y «La devoradora».

En el primer filme, la dulce y encantadora Samantha Moore realizaba los más depravados actos sexuales con una veintena de muchachos en una imaginaria escuela. En «Zoofilia-girl», eran filmadas las más aberreantes relaciones en una granja de animales. En «La devoradora», la conocida «Gargante Profunda» quedaba ridiculizada..

Tres cortometrajes con copias muy limitadas. Vendidas a verdaderos gourmets del sexo. Y con mucho dinero. No estaban al alcance de todos los bolsillos. Tampoco eran proporcionadas a individuos vulgares o nuevos ricos. Eran individuos seleccionados los que podían contemplar a Samantha Moore en magistral interpretación de porno duro. Un trabajo en *hard-core*. De un gran

realismo. Digno de conseguir el Oscar.

De esos clientes seleccionados, que previo pago de elevadas sumas podían tener en su poder las películas pornográficas de Samantha. En una sesión privada. Karl Salkow, el rey del ganado tejano, el magnate de la imprenta Dalton, el millonario Clifford... Ellos habían disfrutado de la compañía íntima de Samantha Moore. De la dulce y romántica Samantha de «Atardecer en Amarillo». De la lujuriosa y obscena Samantha de «Zoofilia-girl».

Samantha Moore fue encumbrada en el mundo del cinema por cierto sindicato de Los Angeles. Un Sindicato del Crimen con vinculaciones a la organización de Walter Newhart. De ahí los esporádicos desplazamientos de la candorosa Samantha a Texas. Concretamente a Dallas.

Siempre que algún refinado, caprichoso y millonario, estuviera dispuesto a pagar lo fijado por la organización Newhart.

En una lujosa mansión de Brady Creek, se emplazaba el burdel más elegante de la organización de Walter Newhart, En las afueras de Dallas. En un paradisíaco terreno marcadamente bucólico. Lejos del bullicio, la contaminación... y vecinos curiosos.

La casa, en auténtico palacio, estaba regentada por la condesa Ponchielli, Una aristocrática dama descendiente de la nobleza italiana. Su título de condesa era cierto. Claudia Ponchielli llegó a los Estados Unidos hacia ya muchos años. Recomendada por miembros de la mafia siciliana. Mientras mantuvo su juventud y belleza fue muy solicitada; pero para Claudia Ponchielli ya había sonado la hora de retirarse.

Walter Newhart, siguiendo indicaciones de su astuto lugarteniente Stimson, hizo llamar a Claudia. Ella se haría cargo del burdel más selecto. Le compró la casa de Brady Creek y presentó, con todos los honores, a la condesa Ponchielli en la alta sociedad de Dallas.

Y Claudia Ponchielli sabía comportarse como una dama. A sus cincuenta años, había adquirido infinidad de conocimientos. Podía catalogar certeramente a un hombre con solo una mirada.

La condesa Ponchielli era uno de los pilares de la prostitución organizada de Walter Newhart.

Sus muchachas siempre eran de lo más exquisito y selecto. Renovaba continuamente el personal y siempre estaba atenta a cualquier sugerencia de los adinerados clientes.

La condesa Ponchielli poseía un fabuloso fichero. Cualquier revista o publicación sensacionalista pagana generosamente por poder husmear en aquellos comprometedores archivos.

Personalidades aparentemente honorables y de intachable conducta figuraban en aquellas fichas con anexos detallando sus vicios y depravaciones sexuales. También había filmaciones de los clientes con las chicas de Claudia. De los clientes más importantes. Políticos, funcionarios, presidentes de empresas... Todos ellos ignoraban que tarde o temprano podían ser chantajeados por la organización de Newhart.

—¿Quién es él?

Claudia Ponchielli alzó la mirada del libro.

Posó una indiferente mirada en la joven.

—¿Cómo dices, Cynthia?

Samantha Moore rió en burlona carcajada.

—La pequeña Cynthia todavía no ha asimilado las costumbres de la casa. Aquí nadie pregunta por los nombres. La discreción es nuestro lema principal, ¿no es cierto, condesa?

Claudia esbozó una sonrisa.

—Correcto. Y tú ya deberías saberlo, Cynthia. Nada de preguntas. No es prudente hacerlas.

Cynthia hizo un mohín.

—Sólo era curiosidad. Apuesto que se trata de Gary McDouglas. Ese sucio viejo baboso. Ya me advirtió que volvería a por mí.

—Eres muy graciosa —intervino otra de las muchachas allí presentes—. ¿Quién te dice que vas a ser tú la elegida? La condesa también nos ha llamado a Samantha, Gladys y a mí.

Samantha volvió a reír.

Irónica.

—Sí... Lo mejorcito de la casa.

Los admiradores de la romántica Samantha Moore hubieran quedado muy defraudados de poder verla en aquellos precisos momentos. Reclinada en el sillón, con una de las piernas obscenamente colocada sobre el brazo del mueble. El elegante vestido de angora negra groseramente subido hasta mitad de los muslos.

Cynthia era aún más joven que Samantha. Dieciocho años de edad. Rostro de pómulos gatunos. Y unos ojos que acusaban un sempiterno brillo lujurioso. Acentuado por la lascivia de sus gordezuelos labios.

Gladys había cumplido los veintidós años. Uno setenta de estatura, cincuenta y dos de peso, ochenta y seis de busto, cincuenta y ocho de cintura y noventa y uno de cadera. Ganadora del último concurso de belleza celebrado en Big Springs. También

era la número uno en otro tipo de actividades.

Debra era la mayor del cuarteto. Veintinueve años de edad. Poseedora de un cuerpo opulento y sensual. Una mujer insaciable. Desenfrenada. Dominada por la ninfomanía.

La condesa unió su risa a la de Samantha.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Muy ocurrente, Samantha. Y has vuelto a acertar. He recibido orden de seleccionar a las más viciosas, pervertidas, libidinosas y obscenas.

—Las más furcias.

Claudia Ponchielli incrementó su risa.

—Eso es, Samantha. Y os he llamado a vosotras cuatro. ¿El cliente? Lo ignoro, pero no tardará en llegar. Una de vosotras será la elegida. La que él designe. Poco importa,

—Tal vez a las cuatro —sonrió Gladys—, ¿Recordáis a Robert Sinton? Ocupó el apartamento de Eagle Street con seis de nosotras.

—Yo fui una de esas seis —dijo Cynthia, ahogando un bostezo—. Y pasé la noche jugando al bridge con Susan, Doris y Karla. El bocazas de Robert Sinton tuvo más que suficiente con Janet. Le gusta aparentar. Nos gratificó con mil dólares a cada una para que fuéramos alabando su extraordinaria virilidad. ¡El muy...!

—Hay tipos para todos los gustos.

—Una gran verdad —filosofó Debra, encendiendo un mentolado—. Los hijos de perra abundan como moscas.

—Moderad vuestro lenguaje, chicas —recomendó la condesa Ponchielli—. No me agrada la vulgaridad. Ni aun estando solas.

Samantha Moore se incorporó.

Paseando nerviosa por el amplio salón.

—¡Me aburro...! Afortunadamente mañana regreso a Los Angeles. Y no volveré a Texas hasta dentro de dos o tres meses, ¡Odio Texas!

—¿Qué película tienes en proyecto, Samantha? —inquirió Cynthia—. ¿Alguna nueva versión de «Sonrisas y lágrimas».

Las muchachas rieron a carcajadas.

Risas no correspondidas por Claudia Ponchielli. Hizo una mueca de desaprobación. No le gustaban ninguna de aquellas cuatro chicas. No tenían clase. La condesa recordó a Suzanne.

Suzanne Lewis. Catorce años de edad. Le fue encomendada para el senador Janover. Quería una joven virgen. Suzanne fue educada por la condesa De eso hacía ya un par de años.

¿Qué habría sido de Suzanne Lewis? De seguro en algún otro burdel de la organización Newhart. Lamentable, pero necesario.

Ninguna chica permanecía mucho tiempo bajo la tutela de la condesa Ponchielli. Iban pasando de prostíbulo en prostíbulo. Marchitando su juventud y belleza hasta terminar en cualquier miserable burdel de Barrio Lacy.

Algo turbó por los pensamientos de Claudia.

Respingó.

También las muchachas se miraron sorprendidas.

Habían escuchado el ruido. En el interior de la casa. Procedente del hall Estaban solas en la casa. La condesa Ponchielli se incorporó del sillón.

Y quedó inmóvil.

Se había abierto la puerta del salón para dar paso a tres fantasmales encapuchados.

* * *

La palidez de Claudia era cadavérica.

—¿Qué... qué significa...?

Uno de los encapuchados empuñaba una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

Se adelantó hacia Claudia Ponchielli. Golpeándola brutalmente con el cañón en el seno izquierdo.

—Hablarás cuando te pregunte, ¿entendido, condesa?

Claudia fue incapaz de responder.

Estaba boqueando.

Sin respiración.

Con ambas manos sobre el pecho golpeado.

—Vamos a tu despacho privado, condesa —ordenó la ronca voz del encapuchado—, ¡Muévete...! ¡Todas al despacho!

Claudia fue violentamente empujada.

La puerta situada al fondo del salón comunicaba con el despacho-biblioteca. Una lujosa estancia, amplia y de refinado mobiliario.

Las cuatro muchachas, igualmente pálidas y temblorosas, acompañaron a la condesa Ponchielli.

Los tres encapuchados también penetraron en el despacho.

—Quiero ver tus archivos, condesa.

—¿Los... los archivos...?

—Eso he dicho —replicó el encapuchado, con dura voz—. Las fichas de los clientes y la de tus chicas. También las películas que realizas con cámaras ocultas ¡Rápido, condesa!

Claudia obedeció.

Pulsó un oculto resorte del mueble biblioteca. Parte de éste se abatió descubriendo un doble fondo.

Allí estaban los dos archivadores metálicos.

Uno de los encapuchados tornó las dos cajas.

El tercer encapuchado tenía entre sus manos una extraña pistola. Similar a una de esas pistolas utilizadas para pintar paredes.

—Ahora el otro archivo, condesa —dijo el encapuchado de la Super-Star—. Tu archivo secreto.

El estupor reemplazó al miedo en el rostro de Claudia.

Contempló perpleja al encapuchado.

—¿Cómo... cómo sabes...?

—Sé muchas cosas de ti, condesa. Eres una víbora venenosa. Emponzoñas todo cuanto tocas. Tienes la virtud de corromper y pervertir. Conviertes a muchachas inocentes en furcias depravadas. Las vas hundiendo poco a poco, sumergiéndolas en el fango, degradándolas hasta transformarlas en despojos humanos. Claro que debo reconocer que alguna de las alumnas ha superado con creces a la maestra —el encapuchado desvió la mirada hacia las cuatro muchachas—. Aquí tenemos un buen ejemplo de alumnas aplicadas, Samantha, Gladys, Debra y Cynthia. Otros cuatro reptiles venenosos. Ellas te ayudan a corromper a las muchachas difíciles, ¿no es cierto, condesa? Vais a ser castigadas por todo ello.

Claudia Ponchielli se volcó sobre la biblioteca atrapando uno de los libros situados en la estantería superior. Un voluminoso tomo. Un libro trucado. En su interior aparecían camufladas varias fotografías, negativos y fichas.

—Este... éste es mi archivo secreto —tartamudeó la condesa Ponchielli—. Sólo esto. Unicamente unos seis o siete nombres, fotografías... No hay más... ¡Lo juro!

El encapuchado tomó el libro.

—Situaron junto a la pared... ¡Las cinco! Voy a dictar sentencia. En castigo a vuestros crímenes. Ninguna de vosotras volverá a comerciar con su cuerpo. Tampoco tú ejercerás de alcahueta, condesa. Nadie se atreverá a hablar con vosotras. Nadie habla con monstruos. ¿Algo que decir, Ciudadano Ocho?

El encapuchado que portaba los dos archivadores metálicos denegó con un movimiento de cabeza.

—Son culpables.

—Ciudadano Diez cumplirá la sentencia. Os rociará el rostro con ácido.

Samantha comenzó a gritar histérica.

Intentó escapar.

El encapuchado de la Super-Star la empujó violentamente contra la pared. Al hacerlo, cayó de su mano izquierda el libro. De las trucadas; hojas salieron las fotografías, negativos y demás.

Se inclinó para recogerlas.

La zurda del encapuchado, aquella enguantada mano, inició un súbito y visible temblor. Sin atreverse a tocar una de las fotografías.

Un extraño sonido brotó de su garganta.

Como un sollozo.

Los otros dos encapuchados intercambiaron una mirada perpleja.

—¿Ocurre algo? —interrogó uno de ellos.

El encapuchado de la Super-Star se incorporó con lentitud. El brillo de sus ojos era diabólico. El destello de un demente. Aferró con ambas manos la Super-Star, pugnando por controlar el temblor de sus manos.

—He... he cambiado la sentencia, Ciudadano Diez... El ácido es poco para ellas. Merecen la muerte.

—¿La muerte? —el encapuchado que ya mantenía abierta la espita de la pistola, protestó—. No le parece justo condenarlas a muerte... Su delito no es...

—¡Sí merecen la muerte...! ¡Malditas...! ¡Malditas...!

El encapuchado apretó el gatillo de la Super-Star.

Una y otra vez.

Hasta vaciar el cargador sobre las cinco mujeres.

CAPITULO IX

Patrick Foxworth desconectó la máquina de afeitar al oír el timbre de la puerta.

Abandonó la habitación pasando al living.

Al abrir la puerta, no pudo evitar un perplejo parpadear.

—Wilford..., ¿cuándo diablos duermes tú?

—Eso queda para los afortunados —dijo Wilford Corey, penetrando en el apartamento—. Tú acabas de levantarte, ¿no?

Foxworth cerró la puerta.

—Estaba terminando le afeitarme. Ciertamente he dormido dos o tres horas. Después de dejar ayer noche tu despacho, ya casi de madrugada, tuve que entregar mi trabajo en la Benson Press. Entre unas cosas y otras, me acosté alrededor de las diez de la mañana.

—Lo dicho. Eres un tipo afortunado. Yo no he podido acostarme. Ni tan siquiera he almorzado. Cuando me disponía a hacerlo, me interrumpieron la comida.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Sigue el whisky en el mismo sitio? —preguntó Corey, adentrándose en el salón—. Sí..., aquí está.

El policía acudió al mueble-bar.

Se sirvió un whisky.

—¿Otro para ti, Patrick?

—Demasiado pronto. Estoy con el estómago vacío.

—¿De veras? Mejor. Así no vomitarás.

—Explícate de una vez. ¿Qué ha ocurrido?

Wilford Corey vació el vaso de un solo golpe.

—Otra vez los encapuchados justicieros, Patrick. Hace apenas una hora se presentaron en Brady Creek.

En la mansión de la condesa Ponchielli.

—¿La condesa Ponchielli...? No me resulta familiar.

Yo no pertenezco a la aristocracia.

—No eran aristócratas los que frecuentaban la casa de Claudia Ponchielli —dijo el teniente Corey, llenando de nuevo el vaso—. Esa mansión pertenece a la organización de Newhart. Dedicada a la alta prostitución. Clientes ilustres y muy seleccionados. Como un club privado.

—No me sorprende. La prostitución organizada es uno de los

negocios preferidos por Walter Newhart. Desde el ínfimo burdel a la prostitución de lujo.

—Sí y te sorprenderán otros detalles. Claudia Ponchielli estaba con cuatro de sus protegidas cuando se presentaron los encapuchados. Tres encapuchados. Con intención de quemar el rostro de las chicas con ácido, pero algo hizo Cambiar de parecer al jefe de los encapuchados. Disparó sobre ellas.

—¿Han... han muerto?

—La condesa ha llegado con vida al hospital, aunque dudo que pueda superar la gravedad de la herida. Las cuatro chicas han muerto. Una de ellas era Samantha Moore.

Foxworth parpadeó.

Estupefacto.

—¿Samantha Moore...? ¿La estrella de Hollywood?

—Sí, Patrick.

Foxworth avanzó hacia el mueble-bar.

Tomó la botella de Johnnie Walter para servirse una buena dosis de whisky.

—Parece... parece imposible. Recuerdo a Samantha Moore. Acudió a la premier cinematográfica de «Sueños en Dallas». Una compañera de la Benson Press le hizo una emotiva entrevista. Yo estaba presente. Me impresionó el candor y la dulzura de Samantha Moore. No parecía fingir.

—Era una buena actriz, Patrick. Mucho mejor en sus clandestinas interpretaciones de porno duro.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La condesa Ponchielli. Me contó cosas muy interesantes durante el traslado de Brady Creek al hospital. La acompañé en la ambulancia.

—Imagino el interrogatorio.

Wilford Corey sonrió.

—Es mi trabajo, Patrick. En ocasiones muy desagradable.

—¿De veras? Sospecho que disfrutas, Wilford. En tu incansable lucha contra la violencia y el crimen, te has convertido en un hombre sin sentimientos.

—Es posible, pero dejemos eso ahora. Carece de importancia. ¿Qué puedes decirme de Nancy Scott?

El rostro de Patrick Foxworth volvió a reflejar una mueca de perplejidad.

—¿Nancy Scott?... ¿Te refieres a la prometida de Terry?

—¿Era su prometida? Lo ignoraba. Sabes que últimamente mis relaciones con Terry Stimson se han ido enfriando un poco.

Nuestros encuentros eran más bien... profesionales. Yo intentando cazar a miembros de la organización Newhart, y Terry Stimson ocultando las piezas. Háblame de Nancy. Todo lo que sepas de sus relaciones con Terry Stimson.

—Bueno..., tampoco es gran cosa. Walter Newhart contrajo matrimonio hace dos años. Con Julie Scott. Una viuda diseñadora de modas con una importante casa de alta costura en Dallas. Tenía una hija de dieciocho años. Nancy Scott. Internada en un colegio de Boston. Julie Scott, al contraer matrimonio con Walter Newhart, hizo llamar a su hija. Con intención que pasara una corta temporada en Dallas, pero Nancy y Terry se enamoraron.

—Conmoveror.

Foxworth entornó los ojos.

Dirigieron una mirada a Corey, no obstante optó por ignorar el irónico comentario.

Prosiguió:

—Julie Scott, ante la resistencia de su hija por retornar a Boston, decidió al menos el apartarla de la turbulenta atmósfera del hogar Newhart. Tampoco a Julie le agradaba todo aquello. El ir y venir de los cabecillas de la organización, sus conversaciones, sus planes... Ciertamente que hablaban con prudencia, pero siempre podía escaparse algún detalle y llegar a oídos de Nancy. Había sido muy duro el contraste. Del puritano colegio de Boston a la violenta Dallas representada por Walter Newhart. Nancy me suplicó en más de una ocasión, con los ojos llenos de lágrimas, que la ayudara en su lucha por apartar a Terry Stimson de la organización de Newhart.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Lo intenté, Wilford; pero ya conoce a Terry. No acepta consejos y se siente obligado hacia Walter Newhart. Nancy continuó sola la lucha. Se instaló en un apartamento de Lemmon Avenue. Lejos de su madre y de Walter Newhart. Volcando todo su amor en Terry. Tratando de convencerle. Llegaron incluso a fijar fecha para la boda. Cuando Nancy cumpliera los veinte años de edad.

—Hace cinco meses.

Foxworth movió afirmativamente la cabeza.

Con rostro ensombrecido.

—Ciertamente, Wilford; aunque la boda no se celebró. El trágico accidente de Julie Scott anuló el acontecimiento. Un lamentable accidente de tráfico que segó la vida de Julie. Se aplazó la boda. Y ahora, cuando todo parecía volver a su cauce y de nuevo se hacían

planes para el futuro, muere Nancy. Durante el almuerzo en el Wawalag, fui a dar el pésame a Terry. Me sorprendió comprobar su entereza. El día antes había enterrado a Nancy. Y allí estaba Terry. Una vez más ocultando sus sentimientos. Como cuando éramos niños, ¿recuerdas, Wilford? Tú y yo jugando alegres y despreocupados. En espera de que Terry terminara sus habituales repartos y encargos. Luego se reunía con nosotros y jugaba con una sonrisa en los labios. Y ni tú ni yo llegamos jamás a sospechar su estado de ánimo. Su verdadera tristeza. Su infinita amargura...

—¿Por qué crees que se suicidó Nancy Scott?

Patrick Foxworth se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Tal vez al reconocer su fracaso de apartar a Terry Stimson de la organización. Desde la muerte de su madre, Nancy deseaba con más fuerza abandonar Texas. Con Terry. Hablé con Nancy unas semanas antes a que tomara tan trágica determinación. Estaba abatida y me confesó que iba a formular un ultimátum a Terry para que desertara de la organización de Newhart. Y fue ella la que desertó. Encerrándose en su apartamento y abriendo la llave del gas.

—¿Qué opinión te merecía Nancy?

Foxworth no dudó en la respuesta.

Su voz fue firme y segura.

—Una muchacha encantadora. De un gran carácter. Una mujer noble. Hubiera sido una magnífica compañera para cualquier hombre honrado.

—¿Algo así como la Samantha Moore de «Sueños»?

Patrick Foxworth volvió a empequeñecer los ojos.

Dirigiendo a Corey una inquisitiva mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Te he mencionado que los tres encapuchados que llegaron a Brady Creek tenían intención de castigar a la condesa y a sus chicas quemándoles el rostro con ácido. El encapuchado jefe, nuestro encapuchado de la Super-Star, estaba muy al corriente de las actividades de Claudia Ponchielli. Incluso conocía el nombre de las cuatro chicas. Y también la existencia de los archivos de la condesa.

—Es lógico suponer que llevara unos archivos.

La organización de Newhart consigue así el poder...

—Había un segundo fichero, Patrick —interrumpió el policía—. Un archivo particular de la condesa. Sólo para ella. Con muy pocos nombres. El encapuchado sabía la existencia de ese archivo y ordenó a Claudia que se lo entregara. Fue una de las fotografías de

ese fichero lo que hizo cambiar la sentencia. Nada de ácido. Mejor la muerte.

—¿Una fotografía? ¿De quién?

—El encapuchado se llevó todo, pero la condesa recuerda la fotografía que provocó la matanza. La que puso furioso al encapuchado. Una fotografía de Nancy Scott.

CAPITULO X

Patrick Foxworth reiteró la llamada en el pulsador de la puerta.

Retrocedió unos pasos.

Fue entonces cuando descubrió el leve movimiento de los cortinajes en uno de los ventanales del bungalow.

La casa estaba emplazada en el 2.690 de Stamp Boulevard. En la zona residencial de Barrio Gratts. Una moderna urbanización formada por lujosos bungalows dotados de jardín, piscina y pista de tenis. Con amplio terreno de forma que los vecinos no se importunaban entre sí.

Foxworth, bajo el umbral del porche, encendió un cigarrillo.

El ocaso del sol era perceptible desde Stamp Boulevard. Allí, sin los grandes bloques de cemento, se podía admirar un relativo atardecer.

Se abrió la puerta del bungalow.

—Hola, Terry —sonrió Foxworth—. Creí que terminarías por ignorarme.

Terry Stimson no correspondió a la sonrisa.

Vestía pantalón vaquero y camisa de algodón de mangas cortas. Y una funda sobaquera acoplada al hombro. Asomando la culata de un revólver Charter calibre cuarenta y cuatro especial.

Era la primera vez que Foxworth le veía armado.

—¿Qué quieres, Patrick?

—Tengo que hablar contigo.

—Ahora no es el momento. Espero una visita.

—Seré muy breve, Terry. Y se trata de un asunto importante.

Stimson dudó unos instantes.

La palidez de su rostro parecía haberse acentuado hasta tornarse casi cadavérica. Se hizo a un lado permitiendo el paso de Foxworth.

Cerró la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante, Patrick?

Foxworth había pasado al salón contiguo al hall. Sobre una mesa descubrió una ametralladora Browning con el cargador ajustado, preparada para el disparo.

—¿Esperas visita o la llegada de los indios?

—No estoy para bromas, Patrick. ¿Qué quieres?

—Ayudarte, Terry.

—¿Ayudarme?

—Te supongo enterado de lo ocurrido en la mansión de Brady Creek. La condesa Ponchielli trabajaba para vosotros.

—Sí, estoy al corriente. Seguro que ha sido obra de Richter Chapman. Con esos archivos podrá chantajear a individuos muy importantes.

—No han sido los hombres de Chapman.

—¿De veras?

—La condesa no ha muerto, Terry. Aún está con vida. Es la única superviviente. Y ha sido interrogada por Wilford Corey.

—Entonces poco le queda de vida. Los interrogatorios de Wilford son muy especiales.

—Lo sabe todo, Terry. Ha llegado a las mismas conclusiones que yo. Cuando consiga alguna prueba, la más mínima base de acusación, acudirá a por ti.

Stimson sonrió.

Con amarga mueca.

—¿Qué sabes tú, Patrick? Dímelo.

—Tú eres uno de esos encapuchados justicieros. El jefe de ellos. El encapuchado de la Super-Star. El que me encañonó en el edificio en ruinas dejándome con vida

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que sabes, Patrick?

—¡Maldita sea, Terry...! ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

Stimson volvió a sonreír.

Tristemente.

—Era nuestro sueño, Patrick. ¿No lo recuerdas? Un mundo mejor, Luchar contra las injusticias, aniquilar a los malvados... La idea de formar un escuadrón de la muerte germinó en mí a raíz de la muerte de Nancy. Ella quería que abandonara a Newhart. Que me marchara con ella lejos de Texas. A Europa. El mismo día de su muerte me dijo que, de no responderle afirmativamente, tomaría una grave determinación. Y aquella misma noche se suicidó.

—¿Cómo... cómo has llegado a reclutar a ese grupo de locos?

—¿Locos? Son muchos los que desean tomarse la justicia por su mano. Son muchos los que sufren día a día injusticias. Los que son pisoteados. Los que contemplan cómo otros burlan una y otra vez la ley. Yo, por mis relaciones con la organización, conocía muchos casos. ¿Recuerdas a Michael Bowen? Es un policía miembro de la Brigada Dallas Uno. Le dedicaste hace poco un artículo. La esposa de Bowen había sido violada por un grupo de delincuentes. Como represalia a cierta detención realizada por

Michael Bowen. El detenido fue puesto en libertad y los violadores jamás identificados. Me presenté ante Bowen. Con el rostro oculto por una capucha, le dije si quería ser el Ciudadano Uno. Luego Roger Carradine, un pequeño comerciante desesperado por la cuota de protección que paga a los hombres de Chapman, Charles Williams y su odio a los Angeles Negros. Trevor Harris, Cliff Wallace... Son muchos, Patrick. Yo les prometí medios para la venganza, para la justicia, el actuar siempre encapuchados, sin conocerse unos a otros... Como sombras. ¿Locos? No... Querían limpiar la ciudad. Su ciudad. Eliminar a las fieras que existen en la jungla de asfalto.

—¿Y tú? ¿Qué pretendías tú, Terry? Siempre has permanecido fuera de la ley. Nada te importa. ¿Fue la muerte de Nancy la que te hizo convertir en vengador? ¿En justiciero? ¿Te considerabas culpable de la muerte de Nancy?

—Sí... Tiene gracia, ¿verdad? Resulta muy divertido.

Los ojos de Stimson se nublaron.

Difícilmente contenía las lágrimas.

—Déjame ayudarte, Terry. Entrégate y...

—Lo hice por ella, Patrick. En su memoria. En desagravio. Ella odiaba lo que yo representaba... o fingía odiarlo. Yo sí amaba a Nancy. He visto su fotografía... en el archivo secreto de Claudia. Ahora comprendo sus palabras... Claudia me comentó en cierta ocasión que tenía muy bien guardadas las espaldas. Que, si algún día la organización intentaba prescindir de ella, no quedaría con las manos vacías. Sin duda se refería a su archivo secreto. A la filmación de Nancy... recién llegada a Dallas... en una de las alcobas de Brady Creek... con... con Walter Newhart.

—¿Conoce Walter la existencia de esa película?

—Supongo que también la condesa se lo dejó entrever. He citado aquí a Walter. Es la visita que espero. No tardará en llegar.

—¿Qué le has...? ¿Te has vuelto loco, Terry? Walter puede sospechar que tu eres el...

Patrick Foxworth enmudeció al oír el motor de un auto.

Se aproximó al ventanal.

Eran dos los autos que se adentraban en el amurallado recinto del bungalow. Bordeando el seto central. Respaldados por los últimos rayos del sol del atardecer.

Sí.

Llegaba Walter Newhart.

Acompañado de seis de sus hombres.

El adiposo rostro de Walter Newhart aparecía perlado de diminutas gotas de sudor.

—¿Qué ocurre. Terry? ¿No me permites pasar?

Stimson permanecía bajo el umbral de entrada.

Con la puerta entreabierta.

Dirigió una indiferente mirada a los dos individuos situados a espaldas de Newhart. Algo más distantes, fuera del porche, cuatro hombres más.

—Te he citado a ti solo, Walter.

Newhart sonrió.

—Bueno..., sabes que siempre me hago acompañar de alguno de los muchachos. Hoy más que nunca. Cuando me informaste de lo ocurrido en la mansión de Brady Creek, no podía dar crédito a...

—Entrarás tu sólo, Walter —interrumpió Stimson, con voz carente de inflexión—. Es una conversación privada.

—Okay, muchacho,

Walter Newhart penetró en el bungalow. No sin antes dirigir una significativa mirada a los dos hombres más cercanos.

Terry Stimson cerró la puerta.

—¿Te ocurre algo, Terry? Te encuentro muy...

Newhart se había encaminado hacia el salón. Y enmudeció al descubrir la presencia de Patrick Foxworth. Acomodado en uno de los sillones que adornaban la estancia. Con un cigarrillo en los labios.

Walter Newhart giró.

—¿Qué significa esto. Terry? ¿Qué hace aquí Foxworth? ¿No es una conversación privada?

Foxworth será un testigo silencioso, Walter. Le he ordenado no despegar los labios y no lo hará.

—Que se largue.

—No, Walter. Foxworth es especialista en crónica negra. Será testigo de un buen suceso para sus lectores, aunque tal vez todo quede en nada. Dependerá de ti, Walter. De tus respuestas.

—Explícate, Terry. No entiendo nada,

—Sí, Walter. Sí comprendes. Yo mismo me he descubierto al informarte de lo ocurrido en Brady Creek. Vamos a poner las cartas boca arriba. He sido yo quien ha atacado la casa de Brady Creek y disparado contra la condesa y las chicas. El porqué no importa ahora. Eso si que no lo comprenderías. Claudia tenía un archivo

secreto. Lo sabes, ¿verdad, Walter? Voladamente nos lo insinuó en más de una ocasión. Yo ignoraba qué tipo de documentación encerraba ese archivo. Hoy lo he descubierto.

—Escucha, Terry...

—Déjame continuar, Walter. Sabes que te aprecio. He permanecido a tu lado durante muchos años. Te debo mucho, Walter. Has hecho por mí y yo he correspondido dedicándome por completo a la organización.

—Eres como un hijo para mí, Terry.

Stimson sonrió.

Fríamente.

—He visto las fotografías de Nancy, Walter. Tomadas en una de las habitaciones de la casa de Brady Creek. Fotografías muy poco edificantes. En alguna de esas fotografías estás tú, Walter. Junto a Nancy. No son fotografías trucadas. Claudia también se molestó en filmar todo vuestro encuentro. De principio a fin.

—Eso fue al poco de llegar Nancy. A las pocas semanas de su llegada a Dallas. Antes de que tú te enamoraras de ella. Luego no volví a...

—Mientes, Walter. Y eso no está bien. Hemos acordado poner las cartas boca arriba.

—¡De acuerdo, maldita sea...! ¿Qué quieres saber? ¡Nancy era una furcia! Me volvió loco desde el primer instante... Su juventud, su belleza, me provocaba... Era ambiciosa. Muy ambiciosa. Al principio me solicitaba pequeñas joyas, pero pronto se mostró más exigente. Una cuenta corriente, más joyas... Y yo cedía una y otra vez. Su madre descubrió esas relaciones furtivas y...

—Acabaste con ella,

Newhart rió a la vez que movía su pesada cabeza de un lado a otro.

—A ti es difícil engañarte, muchacho. Apuesto que jamás tragaste lo del accidente.

—No, Walter. Tenemos expertos en dañar un auto para que se provoque un accidente. Y ahora empiezo a sospechar también el asesinato de Nancy. Ahora, al saber cómo era en realidad, queda descartado el suicidio.

—Dorning la liquidó por orden mía.

—Buntz Dorning... Un buen profesional del crimen. Sin huellas. Como un suicidio... ¿Por qué, Walter?

—Puede que no lo creas, muchacho, pero maté a Nancy para poder conservarte. La muy maldita ya no quería saber nada de mí. Ya había conseguido más que suficiente en dinero y joyas. Y

entonces se percató de que yo la asqueaba. Puede que también sospechara que yo ordené la muerte de su madre. Lo cierto es que quería marchar de aquí Contigo. Tal vez enamorada de ti, aunque lo dudo. Era una serpiente sin corazón, Terry. No te merecía Tú eres el cerebro de mi organización, muchacho. No podía permitir que te marcharas de mi lado. Y Nancy, tarde o temprano, te hubiera convencido.

—Si, es posible...

—Yo te quiero a mi lado, Terry. Como siempre. Vamos a olvidar todo lo ocurrido, ¿de acuerdo?

—¿Olvidar?

—Tú olvidas lo de Nancy y yo olvido tu estúpida reacción capitaneando esos encapuchados justicieros. Nadie sabrá nada. Ninguno de los muchachos puede ni tan siquiera sospechar que tú has eliminado a Graham Cleese, a las chicas... Nos has ocasionado muchos trastornos, Terry; pero todo quedará olvidado.

Stimson se apoderó del revólver que pendía de la funda sobaquera.

—Voy a seguir con mi papel de justiciero, Walter.

Newhart palideció.

Por primera vez, sus ojos reflejaron temor. Acentuando en su rostro las gotas de sudor.

—No... no seas loco, muchacho... Todo puede quedar como antes. He... he dado órdenes a los muchachos... entrarán si se produce algún disparo... Te sentenciarás tú mismo, Terry.

—No me importa.

—No... no dispaes... recuerda... recuerda todo lo que he hecho por ti... desde cuando eras un muchacho... cuando pagué el entierro de tu madre...

—Lo recuerdo todo, Walter. Con aquel entierro me compraste... y yo te he ayudado a enterrar a muchos más. Sin previo pago de ataúd. Tú has sido como un cáncer para mí. Un cáncer maligno. Hoy es el gran día de rendir cuentas, Walter. Tú y yo.

—No... no puedes...

Terry Stimson apretó el gatillo.

La bala se incrustó entre los ojos de Walter Newhart. Sacudiendo violentamente su cabeza e impulsándola hacia atrás.

Y aún no había caído Newhart cuando sonó la ráfaga.

El crepitar de los disparos que derribaba la puerta de entrada al bungalow.

Terry Stimson soltó el revólver precipitándose hacia la ametralladora Browning. Ni tan siquiera llegó a rozarla.

El ataque surgió de lugar insospechado.

Primero fue el estruendo de cristales rotos seguido de repetidas detonaciones. Desde el amplio ventanal del salón. Un individuo hacía funcionar una mortífera Beretta.

Retty Stimson fue alcanzado de lleno.

Giró como una peonza cayendo a poca distancia de Foxworth. Este sí reaccionó al súbito ataque.

Tomó la Browning.

Agazapado tras el sillón.

Primero una ráfaga hacia el ventanal. Y luego enfocó el cañón hacia la puerta. Una segunda ráfaga.

Los dos individuos que intentaban penetrar en el salón iniciaron una macabra danza al compás del ardiente plomo que les enviaba al Más Allá.

Y por encima del crepitar de los disparos, se escuchó el ulular de la sirena.

Cesaron los disparos del exterior.

El estruendo de las balas fue reemplazado por el rugir de los motores. Se incrementaron las sirenas. La desesperada huida iniciada por los hombres de Newhart había fracasado,

Patrick Foxworth se aproximó a Stimson

Tenía el pecho destrozado. Cosido a balazos.

—Patrick...

—Sí, Terry,,. Aquí estoy.

—Patrick... sigue luchando por... nuestro sueño de...

Una bocanada de sangre ahogó las palabras de Stimson.

Ladeó la cabeza quedando inmóvil. Con los ojos muy abiertos. Hacia el sol del atardecer que penetraba por el destrozado ventanal.

Apareció Wilford Corey.

Acompañado de dos agentes de Brigada Dallas Uno.

La sombra del teniente se proyectó sobre el cadáver de Terry Stimson.

EPÍLOGO

Katherine se asomó a la puerta.

—¡Patrick...! ¡Puedes ir preparando la mesa!

Al no recibir respuesta, un gracioso mohín se reflejó en el rostro de Katherine. Salió de la cocina avanzando hacia el salón.

Allí estaba Foxworth.

Frente al televisor.

—¡Patrick...!

Foxworth apartó la mirada de la pantalla.

Se incorporó sonriente.

—Disculpa... Acaban de dar una noticia sobre Wilford Corey. Había detenido a Steve Locke, lugarteniente de la organización Chapman, en una redada rutinaria. Pues bien, Steve Locke ha confesado infinidad de datos que llevarán a Richter Chapman y a sus principales cabecillas a prisión. Con pruebas, Katherine. Pruebas que han sido proporcionadas por Locke.

—Un gran triunfo para tu amigo Wilford.

—Sí, pero Steve Locke está ahora en el hospital. Tardará varias semanas en recuperarse de la paliza. Hay una acusación formal contra el teniente Corey por malos tratos y violación de los Derechos Humanos.

—¿Quieres que sea sincera, Patrick? Tu amigo Wilford no me resulta simpático. Poco importa que te salvara la vida con su oportuna presencia. Tiene algo... no sé... sus ojos... No me gusta, Patrick.

Foxworth abarcó la cintura femenina.

La atrajo contra sí y besó los labios de Katherine.

—Yo también voy a ser sincera. Mis artículos para Jungla de Asfalto, mis reiteradas denuncias a la violencia y el crimen imperante en Dallas de poco sirven. No son las medidas adecuadas. Wilford Corey es el triunfador. Lamentable, pero cierto.

—No digas eso, Patrick... No vuelvas a decir eso. Debes seguir luchando. Con todas tus fuerzas. Por un mundo mejor. Contra la violencia, las injusticias... Sin desmayo. Tarde o temprano llegaré tu recompensa.

—Tú eres mi mejor recompensa, Katherine. Un día de éstos terminaré por pedir que te cases conmigo.

—¡Oh, Patrick...!

Volvieron a unir sus labios.

La muchacha se separó con brusquedad.

—Patrick... ¡La comida...! ¡Sigue en el horno!

Foxworth deslizó las manos por la espalda femenina. Jugueteeó con los botones del vestido.

—Katherine... ¿por qué no empezamos por el postre?

La joven no respondió.

Sonriendo feliz se colgó del cuello de Foxworth ofreciendo de nuevo sus entreabiertos labios.

Patrick Foxworth los besó.

Una y otra vez.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.